

Recopilación de relatos, cuentos y frases de diversos autores tradicionales, publicados en diversos números de la revista *Caminos*, durante los años de 2005 a 2007, editada por esta propia Fundación de Estudios Tradicionales, A. C.

Relatos y Cuentos Tradicionales

Editor e impresor:

Fundación de Estudios Tradicionales, A. C.
Camino a Lagunillas s/n, Llanos de la Fragua,
36220, Guanajuato, Gto. México.

1ª Edición 2008

ISBN 978-968-9279-64-8

Código Fundación 66

Fundación de Estudios Tradicionales, A. C.

INSTITUCIÓN CULTURAL DE BENEFICENCIA PRIVADA

Registro Público de la Propiedad y del Comercio 67,127 (V07, X12)

RFC: FET040828LA0

Apartado postal 383, Administración 1, C.P. 36000,

Guanajuato, Gto., México. Teléfono 473-756-03-90

Correo electrónico: fundaciondeestudiostradicionales@yahoo.com.mx

RELATOS Y CUENTOS TRADICIONALES



FUNDACIÓN DE ESTUDIOS TRADICIONALES, A. C.

LAS PASIONES PASAN MODESTAMENTE CERCA DE TI COMO PASAJEROS,
ENTRAN EN CASA MODOSAMENTE COMO HUÉSPEDES,
Y ALLÍ SE AFIRMAN ALTIVAMENTE COMO AMOS.

ÍNDICE

Relatos Chinos	7
Las Puertas del Paraíso	11
Bellezas del Talmud	15
La Enseñanza del Venerable Gato	25
Será para Bien	37
Cuentos Hasídicos	41
El Maestro de Té y el Bribón	59
Cita Ineludible	67
Tradiciones Africanas	71
Cuento de la India	73
Pequeño Árbol	75
Los Pájaros Blancos y los Pájaros Negros	95
Quiero Morir allí	102
Historia del Niño Perdido	103
Historia de los Pájaros ¿Qué Hay más allá del Horizonte?	109



福祿壽三星

明 仇英 福祿壽三星

RELATOS CHINOS

El Rey de Tcheu había confiado a Chi Hsing Tseu un prometedor gallo de riña que acababan de regalarle, muy dotado y combativo, esperando que lo adiestrara en el menor tiempo posible.

Diez días después que se lo encomendara, y no teniendo aún sus noticias, le hace comparecer y le pregunta si el gallo estaba ya listo para el combate.

—“Oh no, mi Señor, está aún lejos de la suficiente madurez necesaria. Todavía se muestra arrogante y colérico”, respondió Chi.

Pasaron otros diez días. El Rey, impaciente, hace llamar a Chi, quien le informa:

—“Mi Señor, el gallo ha hecho progresos pero no está debidamente preparado porque aún reacciona apenas siente la presencia de otro gallo”.

Diez días más tarde, el Rey, irritado por haber esperado tanto, fue personalmente en busca de su gallo, decidido a llevárselo consigo. Chi se interpone respetuosamente y explica:

—“Apelo aún a su real paciencia, Majestad, pero todavía es demasiado pronto. Su gallo no ha perdido completamente todo el deseo de combatir, y su ardor amenaza con reaparecer”, rogó Chi.

El Rey no comprendía muy bien lo que ese desatinado de Chi pretendía. La vitalidad y la fogosidad del ave ¿no eran sufi-

ciente garantía de su eficacia para la riña? Si no hubiera sido que Chi Tseu era el domador más reputado del reino... A pesar de todo, decidió esperar.

Otros diez días transcurrieron. La paciencia del soberano se había esfumado. Esta vez el Rey se prometió poner fin a ese extraño amaestramiento; hizo comparecer a Chi y se lo anunció con un tono que transparentaba su real humor.

Chi, con un *ricтус* de satisfacción, tomó humildemente la palabra:

—“Oh, mi venerado Soberano, tengo que admitir que este gallo está casi maduro para la lid. En efecto, cuando oye cantar a sus iguales, ya permanece indiferente, inmóvil como un madero. Sus cualidades se han anclado sólidamente en él y su fuerza interior se ha desarrollado considerablemente”.

Y fue así: cuando el Rey ordenó poner a su gallo en combate, sus oponentes huían uno después de otro apenas lo aperci-
bían.



LAS PUERTAS DEL PARAÍSO

Un samuray se presenta ante el Maestro Hakuin y le pregunta:

—“¿Existen verdaderamente un Paraíso y un infierno?”

—“Y tú, ¿quién eres?”

—“Yo soy el samuray...”

—“¡Tú, un guerrero!, prorrumpe Hakuin; pero, ¡mírate un poco! ¿Qué Señor querría tenerte a su servicio? ¡Tienes un aire de mendigo que apesta!”

La cólera se adueña del samuray. Coge la empuñadura de su sable y desenvaina.

Hakuin continúa:

—“Veamos, veamos, ¡hasta tienes un sable! ¡Seguramente serás demasiado torpe para rebanarme el cuello!

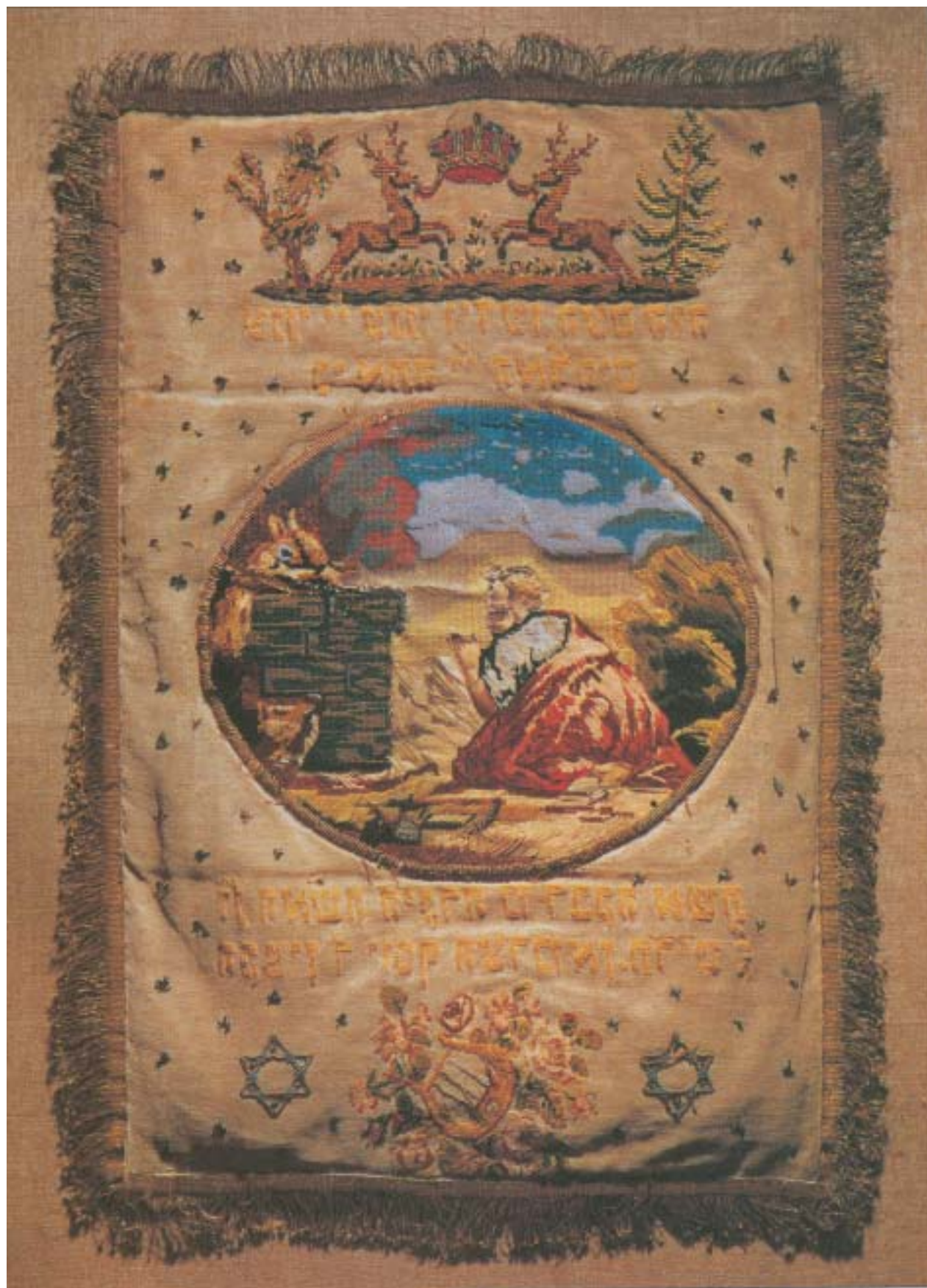
Fuera de sí, el samuray eleva su sable, listo para descargarlo sobre el Maestro. En ese preciso instante, Hakuin dijo:

—“Acaban de abrirse las puertas del infierno”.

Lleno de estupor ante la plácida voz del Monje, envainó su sable y se inclinó, reverente.

—“Acaban de abrirse las puertas del Paraíso”, dice sonriente el Maestro.





BELLEZAS DEL TALMUD

RESIGNACIÓN

Era un día sábado, hacia el crepúsculo. En la escuela pública y desde hacía algunas horas, Reb Meir todavía seguía explicando a sus numerosos discípulos la Santa Ley, deleitándose con el tema y con la devota atención que se prestaba a sus enseñanzas.

Durante el transcurso de esas pocas horas, la casa del Reb se había convertido en una morada de dolor y de muerte. Sus dos hijos habían expirado de forma fulminante, y junto a aque-

llos cadáveres no permanecía de la familia sino la acongojada madre. Petrificada de dolor, contemplaba aquellos tiernos cuerpecitos buscando en ellos alguna mínima señal de vida, y pensaba en el pobre esposo que en pocos momentos retornaría e iba a encontrarse con aquella tremenda visión. Pero la sumisión a la divina Voluntad y la caridad de esposa dieron a la desdichada madre un ánimo maravilloso. Con suavísimo gesto extendió un lienzo fúnebre sobre sus amados hijitos, y dejando la estancia, se sentó ante la puerta de la casa a la espera de su marido.

Entrada la noche, el Reb Meir abrió la puerta, y apenas puesto el pie en la casa, preguntó:

—“¿Y los niños?”

—“Habrán ido a la escuela” —, mintió la madre con temblorosa voz, rehuyendo la mirada del Reb.

—“No me parece haberlos distinguido entre los alumnos”.

La mujer no respondió, y mientras le presentaba el vino y el cirio para la Avdalá con qué implorar las celestes bendiciones para la nueva semana.

Cumplió el Reb con el religioso acto, y con ansia creciente exclamó:

—“¡Pero y los hijos, mujer!”

—“Ya aparecerán, no temas”—, y mientras, ponía delante de su marido, que estaba desde hacía largas horas en ayuno, un poco de pan.

El Reb Meir comió un trocito de ese pan, y después de dar gracias al Señor, a quien somos deudores de todos los bienes de la tierra: —“¡Ah!”, exclamó— “¡cuánto tardan esta noche nues-

tros hijitos! ¿Pero realmente no sabes nada, esposa mía? ¿Y por qué tienes el semblante tan triste?”.

—“¿Yo? ¡Ay, esposo mío, tengo que pedirte un consejo”.

—“Dime, entonces”.

—“Hace un tiempo vino un buen amigo de la casa y me dejó en depósito algunas joyas, y ahora, repentinamente, ha venido a reclamármelas. ¡Ah!” — y su voz era un gemido— “yo no me esperaba que viniese tan pronto. ¿Qué debo hacer, esposo mío?”

—“¡Mi querida, dudar es pecaminoso!”

—“¡Pero me había encariñado tanto con esas joyas!”

—“¡Pero si no son tuyas!”

—“¡Me eran tan apreciadas! Quizá tú...”

—“¡Mujer, qué dudas, qué pensamientos! ¡Negar el retorno de un depósito! ¡Una cosa sagrada!”

—“¡Es cierto, tan cierto!— respondía la mujer con voz entrecortada—, pero tengo una imperiosa necesidad de que me ayudes en esta dolorosa restitución. Ven conmigo a ver las joyas en depósito”.

Y con su mano helada tomó la de su atónito e irritado marido, lo condujo hasta la cámara nupcial, y alzando los fúnebres paños, exclamó:

—“¡He aquí las joyas depositadas, Dios las ha reclamado!”

Ante aquella visión, el pobre padre prorrumpió en un llanto desgarrador, exclamando: —“¡Hijitos míos, dulzura de mi vida, luz de mis ojos, vida de mi vida, mis tesoros!”

—“¡Queridísimo esposo mío, ¿no me habías dicho que era absolutamente necesario devolver el depósito cuando su dueño lo reclama?”

Con los ojos anegados en lágrimas, el Reb miró amorosamente a su esposa, lleno de admiración y de inefable agradecimiento.

—“¡Oh, Dios mío, ¿puedo yo rebelarme ante Tu Voluntad? Tú me has dado una religiosa y santa mujer”.

Y los desventurados se postraron a un tiempo ante el lecho mortuario y, orando y llorando, elevaron al Cielo las santas palabras de Job:

—“Dios ha dado, Dios ha recuperado. Sea siempre bendito el Nombre de Dios”.

LA ZORRA Y LA VIÑA

Una zorra miraba ávidamente a una viña cercada de setos por todas partes, y no encontraba modo de acercarse a ella. Daba vueltas y más vueltas hasta que finalmente descubrió entre la maleza un resquicio por el que se lanzó con todo su ímpetu, mas la abertura era demasiado estrecha y apenas podía pasar su cabeza. Empuja, retrocede y embiste, se repliega y arremete. Jadeante, despellejado el hocico, renuncia; pero no por largo tiempo. La astucia de su raza le suscita el

ardid de adelgazar lo suficiente para atravesar aquella oquedad: durante tres días no persiguió presa alguna, lo que le permitió por fin escurrirse por la brecha.

La tan apetecida y rebosante viña muy pronto pareció como si el invierno se hubiera adelantado; pero la desenfrenada vendimiadora se había convertido en un peludo tonel con cola y patas, por lo que el consabido ayuno volvía a ser la única treta para pasar por el hueco liberador.

Esta vez su abstinencia tuvo que sobrepasar los tres días, con la consabida angustia de verse sorprendida por el amo de la viña. Tan flaca y seca que parecía la misma muerte pasó el boquete, y antes de salir disparada, dirigió una desolada mirada a la viña y se dijo: “Adiós, no me deslumbrarás más. Tus frutos eran deliciosos, ¿pero qué importa ya, si estoy peor de lo que estaba antes de saquearte?”

Decía un sabio Rab: — Cuando nace, el hombre extiende los brazos hacia delante, como si dijese: ese mundo será mío. Cuando muere, sus brazos cuelgan a lo largo del cuerpo, como si dijera: nada me queda de aquel mundo.





春信画

LA ENSEÑANZA DEL VENERABLE GATO

Érrese una vez un maestro en el arte de la espada llamado Shoken. Desde hacía algún tiempo, una enorme rata se había instalado en su casa, correteando descaradamente por todas las habitaciones haciendo de las suyas e importunando especialmente a las damas de servicio; un tanto disgustado por los inopinados chillidos de sus servidoras que quebrantaban la silenciosa quietud que había reinado siempre en la mansión, tomó primeramente la decisión de trasladar la servidumbre a otra residencia. Inmediatamente hizo traer una famosa gata bien conocida por su infalible olfato, su tremenda agilidad y una bravura

bien demostrada en innumerables cacerías, e introduciéndola en la casa, se dispuso a esperar un rápido y fructífero desenlace.

Antes de lo que se imaginaba, la refriega cesó, y tras el chasquido de papel desgarrado del shoji, Shoken pudo apenas distinguir la descalabrada figura del felino que pasó como una exhalación ante él, chillando mucho más fuerte que las damas a su servicio.

Alarmado, el amo del lugar dispuso entonces que le trajeran varios gatos de probada bravura de las inmediaciones, y él mismo los introdujo en la vivienda, permaneciendo con ellos en el aposento en donde rastrearán la rata. Y pudo presenciar allí la siguiente escena: la enorme rata estaba agazapada en un rincón, y en cuanto uno de los felinos se le acercaba demasiado, la rata daba un pasmoso salto mordiendo ferozmente al infeliz que, malherido, retrocedía atropelladamente, y así hasta que ninguno de sus congéneres se atrevió ya a más

acometidas. Entonces Shoken decidió eliminar él mismo al roedor. Desenvainó raudamente, y al descargar un rapidísimo mandoble, la rata deslizó apenas su cuerpo, esquivándolo. Muy pronto fuera de sí y lanzando tajos a diestro y siniestro, no lograba otra cosa que destruir shojis, karakamis, mesas y tatamis, pues el animalito se esfumaba literalmente a cada corte hasta que, sudoroso y jadeante, en una estratégica encerrona lo obligó a desplazarse hacia el chaflán de la alcoba; un jactancioso gesto de triunfo que afloró centellante en su rostro fue suficiente para la imponente rata: brincando como una exhalación, alcanzó al samurai en el rostro desgarrándole limpiamente la mejilla.

Restañándose la sangre de la herida e irritado consigo mismo, llamó a su servidor y le ordenó:

—Se dice que a seis o siete *cho* de aquí hay un viejo gato que no tiene igual en la región. Ve y tráelo.

Y así se hizo. El animalito no parecía ni especialmente curtido ni particularmente diestro. Shoken entreabrió el shoji y el gato penetró lenta y apaciblemente en el aposento en donde estaba la formidable rata, sentándose al divisarla. Al verlo, el roedor se contrajo bruscamente, deslumbrado. El gato se irguió sosegadamente, se encaminó hacia la rata con su pausado andar y sin más la asió por el pescuezo y con calma salió de la casa.

Por la noche, Shoken y los derrotados felinos rodearon al augusto héroe de la jornada, ofreciéndole humildemente el sitio de honor, y en nombre de todos, dijo uno de ellos:

—“Nosotros somos reconocidos como los más diestros y eficaces cazadores del poblado, pero evidentemente ninguno ha logrado lo que usted con esa terrible rata. Su maestría es verdaderamente extraordinaria. Estamos ansiosos de escuchar su enseñanza, si nos halla dignos de ello”.

—El Venerable Gato respondió:

—“Bien cierto parece ser que sois muy diestros, pero no habéis sido eficaces porque no conocéis aún el Arte Verdadero. Antes de hablaros de él, contadme como ha sido vuestro adiestramiento”.

—Un enorme gato negro se irguió y dijo: “Nacido en una célebre familia de cazadores, he sido entrenado desde mi infancia en el Arte del Combate. Tanto puedo dar brincos de dos metros como pasar por agujeros que sólo una rata cabe por él: brevemente, he devenido experto en toda clase de acrobacias. Me avergüenzo de haber retrocedido ante esa vieja rata”.

—El Gran Gato habló:

—“Usted no ha desarrollado más que la técnica. Los Venerables Maestros de antaño han ideado la técnica con el solo

fin de iniciarnos en un método apropiado, naturalmente simple y eficaz, que contenga todos los aspectos esenciales del Arte. La eficacia técnica no es más que el medio que debe estar acorde con la Vía: si ésta es desatendida y la habilidad prevalece, el Arte del Combate no tarda en degenerar. No lo olvide”.

Una esbelta gata atigrada se adelantó y dijo:

—“Según mi parecer, lo más importante en el Arte del Combate es el *Ki*, la energía, el espíritu. Yo me he entrenado concienzudamente en desarrollar en mí el espíritu más poderoso, el que colma el Cielo y la Tierra. Desde el instante en el que estoy ante un adversario, mi *Ki* se le impone y mi victoria está asegurada antes de que el combate comience. Pero con esa misteriosa rata, ... Esto me sobrepasa”.

—El Venerable Gato objetó:

—“Usted es capaz de utilizar una ventajosa parte de sus poderes, pero el simple hecho de tener conciencia de ello malogra su anhelo. Oponer sus implacables potencias a un adversario que podría tenerlas más poderosas que usted.... Dice que su espíritu impregna el Cielo y la Tierra: pues esto es un error: usted confunde el ámbito sutil con el Verdadero Espíritu, que es una inmensa e inagotable efusión de energía que fluye como un río, mientras que la fuerza anímica, que es su “sombra”, depende siempre de alguna condición, al modo de un torrente que no vive más que el tiempo de una tormenta. Hay un refrán que dice: ‘Una rata acorralada muerde siempre al gato’; cuando un roedor está al acecho, todo su ser encarna el Espíritu del Combate, de modo que ningún gato podrá quebrantar su fortaleza”.

—Un feroz gato gris tomó a su vez la palabra:

—“Me he ejercitado largamente en no resistir al adversario sino, al contrario, utilizar su fuerza para luego retornarla hacia él.

Gracias a mi fluidez, aún las ratas más fuertes no han podido evitar ser aniquiladas, por lo que me sorprende que esa asombrosa rata no haya caído en la trampa de mi táctica de no resistencia”.

—El Viejo Gato respondió:

—“Lo que usted llama táctica de no resistencia no está en armonía con la Naturaleza, sino que se trata de una triquiñuela mental: la artificialidad de su proceder trae consigo una voluntad psíquica que se interfiere en la calidad de sus percepciones y que bloquea la espontaneidad de sus movimientos. Para dejar a la Naturaleza manifestarse plenamente es necesario desembarazarse de toda sujeción mental. Si la Naturaleza siguiera su propio camino y actuara sin interferencias en usted, no habría ninguna crispación, ninguna duda, ninguna falla de la que pudiera aprovecharse el adversario”.

—El Gato Venerable, posando su serena mirada sobre Shoken, dijo:

—Aunque sólo sea un simple gato que no conoce gran cosa de los asuntos humanos, permítame usted evocar al Arte del Sable para expresar algo más profundo. Este Arte no consiste principalmente en vencer al adversario: es ante todo el Arte de ser consciente de la Causa de la vida y de la muerte; un samurai debe recordarlo y ejercitarse mediante una preparación espiritual, al tiempo que se adiestra en la técnica del combate, y debe intentar con toda lucidez penetrar en esa Causa. Cuando haya alcanzado ese nivel de ser, se verá libre de todo pensamiento egoísta y de alimentar sentimientos negativos, sin cálculos ni deliberaciones. Su espíritu habrá alcanzado el estado de no resistencia y estará en armonía con todo lo que le rodea.

—“Cuando se ha alcanzado el estado de no-deseo, el Espíritu, que por naturaleza es sin-forma, no admitirá ningún objeto; entonces el *Ki*, la energía espiritual, fluirá naturalmente, sin ningún obstáculo. Si de lo contrario un objeto le atrajera, dicha energía oscilaría y brotaría en una sola dirección, provocando una

privación en las otras direcciones. Allí donde hay demasiada, la energía se desborda, y no puede ser controlada, y en donde escasea por carencia de sustento, mengua. En ambos casos, usted se encontrará en la imposibilidad de encarar situaciones que están en perpetuo cambio. Donde prevalece el no-deseo, el Espíritu no es requerido en una sola dirección sino que trasciende a la vez sujeto y objeto”.

—Shoken formuló entonces esta pregunta:

—“¿Qué se debe entender por “trascender el sujeto y el objeto?”

El Venerable Gato reveló:

—“Manifestándose un ‘yo’, simultáneamente se manifiesta un ‘otro’, ‘el enemigo’. Si usted asocia una palabra a las cosas o sucesos, si los confina en una forma fija y artificial, parecerán

existir en oposición: el macho y la hembra, el fuego y el agua. Pero cuando ningún juicio se manifiesta en su mente, ningún conflicto de oposición puede surgir; entonces, cuando goce de un estado de absoluto no-hacer, estará en serena armonía con el universo, será uno con él. Cuando una pequeñísima partícula de polvo penetra en el ojo, no podemos mantenerlo abierto. El Espíritu es lo mismo: en el instante en el que un objeto penetra, se obnubila Su poder.

—“Hasta aquí llegan mis palabras. A usted le toca experimentar la Verdad. La verdadera comprensión se encuentra fuera de toda enseñanza escrita. Claro que una transmisión especial de persona a persona es necesaria, pero la Verdad no se alcanza más que por sí mismo. Enseñar no es muy difícil, escuchar tampoco, pero sí es muy arduo el devenir consciente de lo que ya se halla en usted. Satori es el fin de un sueño: el Despertar, la Realización del Sí y Ver dentro del propio ser no son, ni más ni menos, que sinónimos”.



SERÁ PARA BIEN

El primer ministro del Rey era un hombre de visión clara y gran ecuanimidad, por lo que gozaba de considerable estima. Cada vez que acontecía algo, este fiel consejero decía:

—“Será para bien”.

Un día, mientras el Rey probaba una espada que le habían regalado, tras dar un mandoble en los aires, se le escurrió cortándole un dedo de la mano. El primer ministro, que en ese momento estaba presente, dijo con toda calma:

—“Será para bien”.

El monarca montó en cólera. ¿Cómo podía ser para bien que hubiera perdido un dedo y una de sus manos quedara mutilada para siempre? Indignado y decepcionado, y mientras su médico mitigaba la herida, el Rey ordenó que apartaran a su ministro de su vista y que lo encerraran en la celda más recóndita del palacio.

El ministro dijo calmamente mientras se alejaba:

—“Será para bien”.

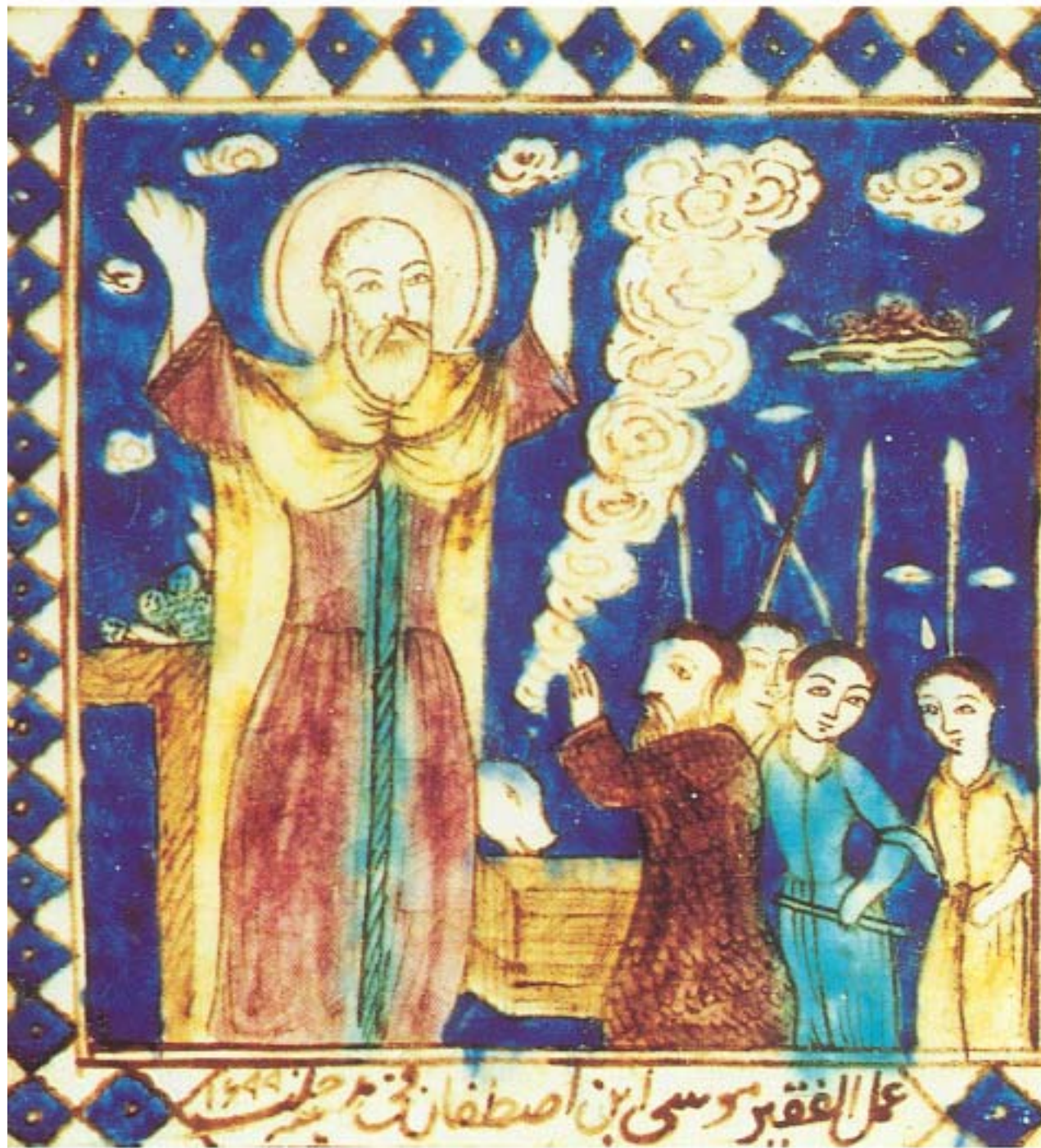
Poco tiempo después, el reino fue invadido por un vecino monarca, antiguo rival, quien ordenó a sus sacerdotes que sacrificaran a los dioses al Rey prisionero. No pudiendo llevarse a cabo el sacrificio porque a la víctima le faltaba un dedo y no se podía ofrecerles un cuerpo incompleto, el monarca vencedor exigió que se sacrificara al primer ministro, pero pasó el tiempo y la búsqueda fue infructuosa, pues no se pudo encontrar aquella celda.

Pronto, fuerzas leales al destronado monarca reconquistaron el reino, y al recuperar su trono, el Rey, reconociendo que su mano mutilada y el consecuente encarcelamiento de su sabio y veraz consejero habían salvado sus vidas, hizo liberar inmediatamente a su ministro y, después de rogarle humildemente su perdón, le ofreció renovarle su ministerio y su confianza, además de fabulosas riquezas, pero el ministro replicó: —Mi Señor, todo es tan contingente, tan inestable que, con tu venia, prefiero dedicar el resto de mis días al retiro, a la meditación y a la búsqueda de lo Sublime.

El monarca respondió:

—“Será para bien”.





CUENTOS HASÍDICOS

PALABRAS OCIOSAS

En cierta ocasión, un hombre se encontró con una enseñanza que decía: “Si te abstienes de decir palabras ociosas durante cuarenta días, recibirás una inspiración divina”. Pensando que se trataba de un atajo para llegar a Dios, puso manos a la obra con gran diligencia. Pasaron los cuarenta días, y ni una sola vez salió de sus labios una palabra ociosa. Sin embargo, al concluir su hazaña no fue objeto de inspiración alguna. Buscando una explicación, viajó hasta donde vivía el Baal Shem Tov.

Tras escuchar la historia del hombre, el Baal Shem le preguntó: “¿Oraste durante esos cuarenta días?”

“Por supuesto que oré”, exclamó el hombre. “Lo hice tres veces al día, tal como nos lo tiene mandado Dios”.

“Ya veo”, dijo el Baal Shem. ¿Y leíste algunos *tehilim*?”

“Maestro, soy judío y, por tanto leo los Salmos cada día”; y para recalcar lo que acababa de decir, el hombre recitó de corrido los primeros versículos de su Salmo favorito. “Maestro”, continuó diciendo tras la recitación, “¿es posible que la enseñanza sea errónea? ¿Es posible que después de cuarenta días de oración, Salmos y abstinencia de toda conversación ociosa, no haya recibido ni un atisbo de inspiración?”.

“No”, dijo el Baal Shem Tov. “La enseñanza es cierta. Lo que ha fallado ha sido tu manera de ponerla en práctica. Teniendo en cuenta cómo has recitado el Salmo, puedo afirmar que, aun cuando hayas tenido cuidado de elevar el nivel de tus conversaciones, has farfullado tus oraciones. Ellas se han converti-

do en tus palabras ociosas. Has purificado tu conversación con la gente, pero has profanado tu conversación con Dios; tus mismas oraciones te impidieron recibir Su inspiración”.

HOSPITALIDAD

Los padres del Baal Shem Tov eran conocidos por su hospitalidad. Cada *Shabat* iban al encuentro de los viajeros que no tenían medios para hospedarse y los acogían en su casa durante el sábado. Les daban cama y comida y, cuando terminaba el *Shabat*, les entregaban algo de dinero y provisiones para continuar el viaje. Y como Dios consideraba su generosidad, también lo hacía Satán, El Acusador.

Dios deseaba bendecir a estas personas con un hijo, pero Satán deseaba poner a prueba su hospitalidad para descubrir si en sus corazones abrigaban alguna esperanza de recompensa celestial. Al darse cuenta de que Satán no sólo pondría a prueba

a la pareja sino que procuraría activamente hacerles caer en alguna trampa, Elías, el Profeta se ofreció a bajar a la Tierra en su lugar. Dios estuvo de acuerdo, y al *Shabat* siguiente, por la tarde, el Profeta se hizo presente ante la puerta de la pareja. Ataviado de mendigo y llevando un bastón y un morral, con lo cual quebrantaba el Sábado, Elías golpeó ruidosamente, y Rab Eliézer abrió la puerta. El mendigo lo empujó a un lado y entró en la casa. “Buen *Shabat*”, profirió rudamente. “¡Estoy hambriento y necesito alojamiento!”

Rab Eliézer dio la bienvenida al desconocido, y su esposa le sirvió la Tercera Comida del sábado. El mendigo comió a su gusto, sin agradecer ni a su Hacedor ni a sus anfitriones, y se acostó a descansar. Al final de la tarde, cuando el *Shabat* ya había terminado, la pareja preparó para el forastero la *Melaveh Malkah*. De nuevo el hombre comió sin mostrar ningún signo de agradecimiento. Pasó la noche en la casa, y por la mañana le ofrecieron comida y dinero suficiente para proveer a sus necesidades. Fue

en ese momento que el mendigo reveló su verdadera identidad a la pareja: “Vine a poner a prueba vuestra hospitalidad”, dijo el Profeta, “para ver la calidad de vuestras dádivas. Y puesto que fuisteis clementes conmigo y en ningún momento hicisteis ni un solo comentario sobre mi ofensiva conducta, Dios está complacido con lo que he descubierto en vosotros y os encuentra dignos de un hijo que iluminará los ojos de todo Israel”.

Ese hijo fue Israel ben Eliézer: Baal Shem Tov, Señor del Buen Nombre (de Dios).

RECETA CELESTIAL

Durante un viaje a Lublin, Reb David de Lelov se detuvo en casa de un querido amigo con el que esperaba hacer el resto del viaje. Su amigo era muy pobre, pero pidió a su esposa que preparase comida para su querido David.

La mujer estaba horrorizada: todo cuanto tenía era un poco de harina, ni siquiera una pizca de sal o unas gotas de aceite para darle un poco de sabor. Sin embargo, se fue al bosque, recogió un poco de leña para hacer un fuego, mezcló la harina con agua e hirvió bolas de masa para su marido y su amigo.

Cuando Reb David regresó de Lublin a su casa, le contó a su esposa su viaje. “Y comimos con mi buen amigo algo tan exquisito que sabía como si estuviera aliñada con especias del *Gan Eden*. ¡Nunca he comido nada parecido!”

Sabiendo de que a su marido no le impresionaban las cosas de este mundo, la esposa de Reb David fue a visitar la casa de aquel amigo y le pidió a su esposa que compartiera con ella la receta.

“¿Qué exquisitez?”, dijo. “Era harina y agua”.

“No, no”, insistía la otra mujer. “¡Mi David dijo que sabía como del *Gan Eden!*”

Entonces los ojos de su amiga se agrandaron de perplejidad. “¡*Gut in Himmel!*”, exclamó. “Cuando estaba recogiendo las ramitas para el fuego, recé a Dios diciendo: “*Ribonô shel Olam*”, no tengo nada con qué honrar a Reb David, pero Tú, *HaShem*, Tú tienes el Jardín de Edén. Por favor, ¿no podrías añadir un poco de sabor a estas bolas de masa que voy a cocinar para que Reb David pueda encontrar algún sabor en ellas?”

ENCUENTRO FALLIDO

Era sabido que el Baal Shem Tov visitaba a menudo a *Eliyahu haNavi* para consultarLe. Sus discípulos le suplicaban insistentemente que compartiera con ellos alguna de esas visitas. Hasta que, una vez, el Besht aceptó.

Un viernes por la tarde, el Maestro llevó a sus discípulos a los campos, como era su costumbre, a saludar a la *Novia Shabat*. Mientras caminaban, el Baal Shem dijo: “Me gustaría fumarme una pipa, pero he olvidado traer la mía. ¿Tiene alguno de vosotros una que pueda dejarme?” Nadie tenía. El Besht señaló entonces a un hacendado polaco que pasaba en dirección contraria y dijo: “Por favor, preguntadle a ese hombre si tiene una pipa para prestarme”.

Los nobles polacos tenían fama de furiosos antisemitas, pero este caballero accedió a lo que le pedían y siguió a los jóvenes hasta su Maestro, ante el cual llenó él mismo su pipa y se la encendió con el pedernal. Mientras el Baal Shem fumaba, preguntó al hacendado acerca de la cosecha de ese año, y si la trilla estaba produciendo mucho grano. Los hasidim, extrañados al oír preguntas tan intrascendentes en boca del Maestro, se alejaron de allí un poco molestos. Cuando vieron que el hacendado se alejaba, regresaron al lado del Baal Shem.

“He mantenido mi promesa —dijo el Besht—; ese hacendado era *Eliyahu*”.

“¡Cómo!”, rezongaron los discípulos. “¿Y por qué no nos lo dijo?”

“Si hubierais hecho caso omiso de vuestros prejuicios”, dijo el Maestro, “habríais reconocido y comprendido las dos preguntas que Le hice. Cuando Le pregunté por la cosecha de este año, Le estaba realmente preguntando si la gente había tornado sus almas hacia el Cielo, y cuando Le pregunté acerca de la producción de grano, Le estaba preguntando si la piedad de nuestras oraciones estaban atrayendo las bendiciones de la Gracia divina”.

“¿Y qué respondió Él?”

“Dijo lo que dijo”, respondió el Besht.

UN *ETROG* DE CUATRO PATAS

Además de ser Rabino de su comunidad, Reb Mordejái de Neshchiz era un prudente empresario. Después de cada viaje de negocios apartaba dinero de sus beneficios para ayudar a los necesitados. También apartaba una pequeña suma con el fin de ahorrar lo suficiente para comprar un fino *etrog* para *Sukot*. Cuando se acercó el día de la Fiesta, Reb Mordejái reunió el dinero que tenía ahorrado y partió para Brody a comprar el frutal.

Cuando llegó a las afueras de la ciudad, se topó con el aguador de la localidad, que sollozaba a un lado del camino. Reb Mordejái se detuvo y le preguntó al desconsolado el motivo de sus lágrimas.

“¿Ves allí mi carro? Es un hermoso y fuerte carro. Cuando está cargado de barriles de agua y tira de él un caballo fuerte y

fiel, puedo hacer una excelente jornada que me permite no sólo alimentar a mi familia sino también a los pobres”.

“¿Y cuál es tu problema?”

“Los barriles los tengo —dijo el hombre—; el agua sé donde conseguirla; y el carro, bueno, ahí está”.

“¿Y el caballo?”, dijo por lo bajo el Reb.

“Sí, el caballo. Pues el caballo ha muerto esta mañana. Y con él también mi sustento”.

“Aguarda aquí —dijo el Reb—; veré lo que puedo hacer”.

Reb Mordejái entró a pie a la ciudad, encontró a un tratante de caballos y, con el dinero que tenía destinado para adquirir el *etrog* compró un caballo joven y fuerte. Regresó con él adon-

de había dejado al aguador y le obsequió con tan excelente animal.

“Vine a Brody a comprar un *etrog* en vez de eso, he adquirido un caballo. Pero es exactamente igual, pues Dios nos manda comprar un *etrog* para *Sukot* y nos manda también ayudar a los necesitados, así es que ellos pronunciarán sus bendiciones sobre un frutal, y yo, las mías sobre un caballo”.

EL CANTO DE LAS RANAS

Al poco de que Dov Ber, el *Maguid* de Mezritch entregara su alma al Señor, sus principales discípulos se reunieron para compartir los preciosos recuerdos que guardaban de su Maestro. Pasaron las horas, y tras haber revivido todo lo que anidaba en sus memorias, se sumieron en un reverente silencio.

Tras unos instantes de silencio, Reb Shneur Zalman de Ladi habló:

“Nuestro Maestro fue un santo de inmensa sabiduría, pero algunos de sus actos pueden inducir a confusión. Por ejemplo, todos sabemos que nuestro venerado Reb solía encaminarse cada amanecer hacia la orilla del lago donde se reunían las ranas a cantar. ¿Alguno de vosotros sabéis por qué hacía tal cosa?”

Los hasidim se miraron unos a otros, pero nadie respondió.

Reb Shneur respondió a su propia pregunta diciendo: “Por el *Perek Shiraz* sabemos que cuando el Rey David terminó de escribir el Libro de los Salmos, invocó a Dios diciendo: “Hay alguna criatura que Te cante más alabanzas que yo?” Repentinamente, una rana apareció delante de Él y le increpó: “¡Qué arrogancia, incluso para un Rey! Yo, por lo pronto, recito muchos más cantos de alabanza que tú, y cada uno de mis cantos

contiene tres mil interpretaciones. Y eso no es todo. Mi vida como tal cumple una *mitsvah*, pues hay una criatura que vive en el linde de esta charca y cuya vida misma depende de que me devore. Cuando está hambriento, me entrego a él para cumplir aquél versículo: ‘Si tu enemigo tiene hambre, ¡dale de comer!’ (Pr 25,21)”.

“Todos los aspectos de la creación, desde el más pequeño hasta el más grande, desde el inanimado hasta el animado, introducen una melodía en este mundo, y cada uno la canta a su manera, y las ranas tienen su propio canto de alabanza. Nuestro Reb iba a la orilla de la charca para poder orar entre ellas”.

DOS *YIDS*, DOS *YODS*

En cierta ocasión, el Yid HaKodesh preguntó a sus hasidim: “¿Cómo es que, si dos *jidín* se sientan juntos, y

ninguno intenta elevarse por encima del otro, Dios les perdona todos sus pecados?”

Al no escuchar respuesta alguna, el Judío Santo les contó esta historia: “Cuando era un niño que empezaba a aprender el *alef-beis*, señalé la letra *yod* y le pregunté a mi *melamed*. “¿Qué es este punto?”.

“Mi maestro dijo: ‘Es la letra *yod*’.”

“Señalé entonces dos *yods* juntas y dije: ¿Cómo he de entender entonces estos dos puntos juntos?”.

“Estas dos *yods* —me dijo— representan el Santo Nombre de Dios”.

“Yo estaba fascinado y miré con mucha atención en el *Jumash* para encontrar estos dos puntos, las dos *yods* que eran el

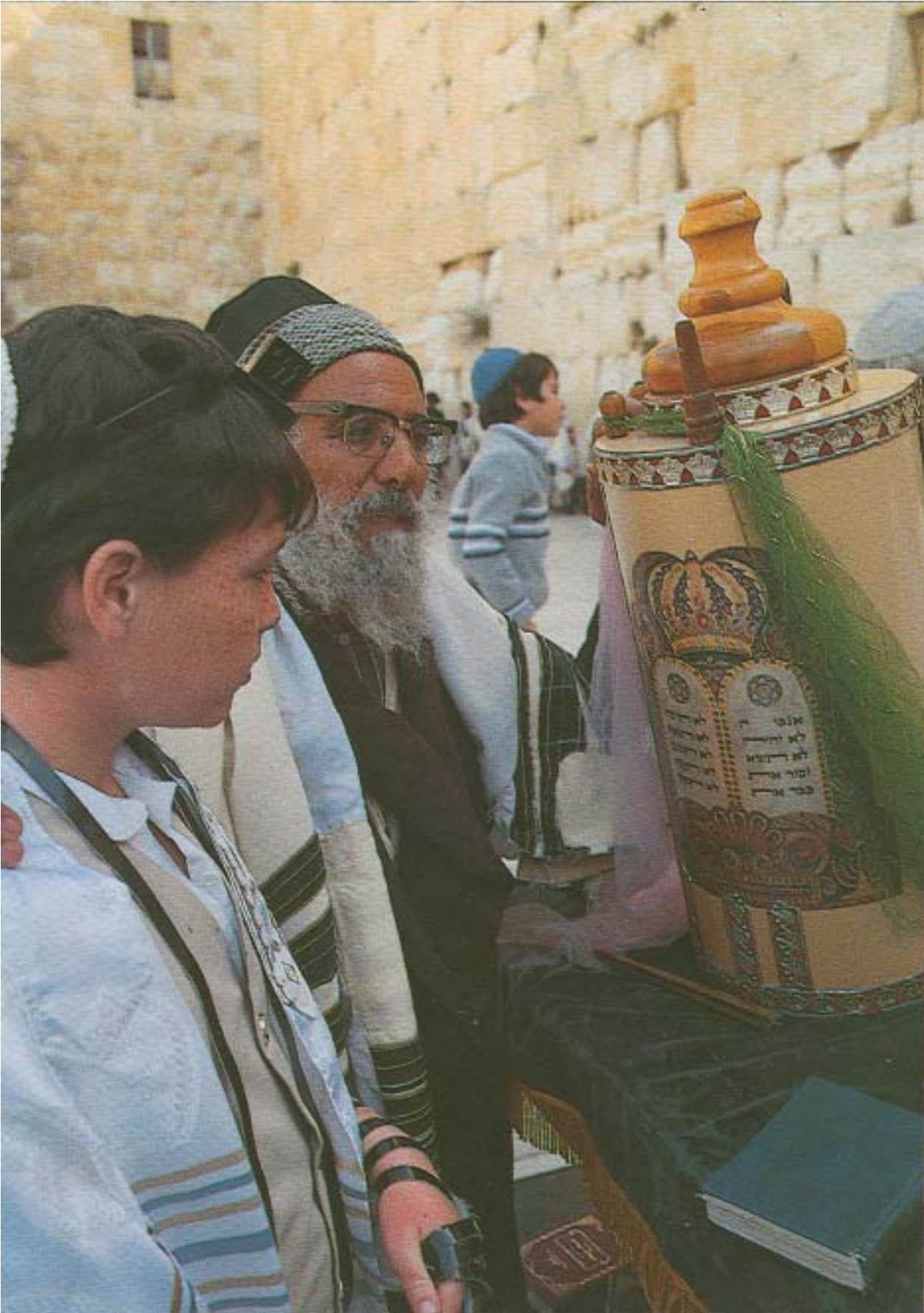
Nombre de Dios. Cuando lo hice, un poco más adelante me tropecé con otros dos puntos, uno colocado encima del otro. “¿Qué es esto?”, pregunté.

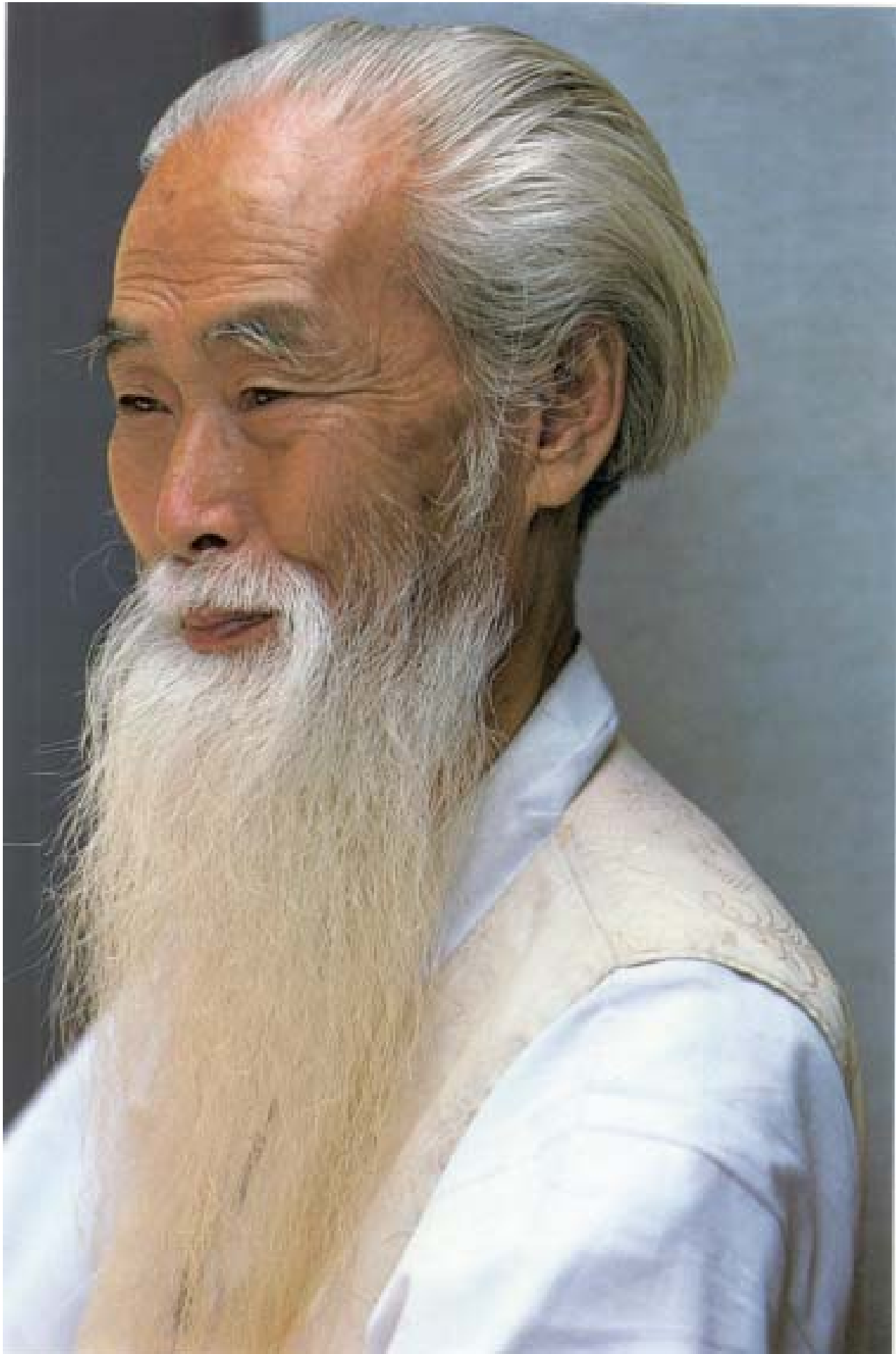
“Eso se llama dos puntos”, dijo mi maestro.

“Estos puntos se parecen a aquellos otros —dije —; ¿cómo recordaré la diferencia?”

“Es muy fácil —respondió—: cuando los puntos se sientan uno al lado del otro como iguales, son el Nombre de Dios. Cuando uno domina sobre el otro como señor, no son el Nombre de Dios”.

“Por eso supe que, cuando dos *yids* se sientan el uno al lado del otro como iguales, forman el Nombre de Dios y se les perdonan sus culpas. Pero cuando buscáis levantaros por encima del otro, no sois el Nombre de Dios, y no se produce perdón alguno”.





EL MAESTRO DE TÉ Y EL BRIBÓN

El Señor de Tosa se encaminó con su comitiva a Yedo, la capital, para una visita oficial al Shogun. Llevaba consigo a su Maestro de Cha No Yu, del que se sentía sumamente orgulloso. Para ser admitido en palacio, el Maestro de Té debía utilizar la vestimenta de los samurai, que le obligaba a ir armado con los dos sables de rigor.

Desde su llegada a Yedo, el Maestro no había aún salido del palacio; varias veces por día ejercía su Arte en los aposentos de su Señor, para beneplácito de los invitados, llegando a officiar la Ceremonia ante el mismo Shogun.

Un día su Señor le otorgó su permiso para que conociera la capital. Accediendo agradecido, y siempre vestido de samurai, se aventuró por las ajetreadas avenidas de la populosa Yedo. Mientras atravesaba un puente, se sintió tambalear repentinamente por el empujón de un granuja insolente y de mal aspecto. El bribón aprovechó para ridiculizar sin riesgos al improvisado samurai.

—“Así que eres un samurai de Tosa. No me gusta ser empujado de este modo; ¡arreglemos pues esta ofensa sable en mano, y ahora mismo!” —, exclamó sonoramente el granuja, al tiempo que desenvainaba su espada.

Un corrillo se había formado, cada vez más numeroso de una chusma ávida de malsana diversión.

El Maestro de Té se inclinó levemente, y con pausada voz se excusó ante el bribón, explicándole que, a pesar de su aparien-

cia, no era un hombre de armas sino un modesto servidor del Arte de Cha No Yu.

El adversario no quiso aceptar sus excusas ni creer lo que le decía. Inflexible y colérico, aprovechando la oportunidad, se puso a gritar que el samurai de Tosa era un cobarde porque temía batirse.

Viendo que era imposible razonar con tan violento personaje, y temiendo que su conducta pudiera manchar el honor de su Señor, el Maestro de Té se resignó a morir aceptando el duelo pero, no queriendo dejarse matar pasivamente, tuvo una idea: recordando haber pasado hacía poco rato delante de una famosa escuela de sable, pensó que podía aprender allí al menos cómo empuñar un sable y afrontar honorablemente una muerte inevitable.

Explicó entonces al bribón: —“Estando encargado de una misión por mi Señor, debo primeramente llevarla a cabo, cum-

pliendo con mi deber. Me podría llevar alrededor de dos horas. ¿Tendría Ud. la bondad y la paciencia de esperarme aquí mismo?”

Ya sea por respeto a las reglas caballerescas del Bushido, ya por aparentarlo ante el grupo de gente que les rodeaba, e imaginando que su fácil víctima tenía necesidad de ese tiempo para reunir una suma disuasiva, el pícaro accedió.

Entonces el Maestro de Té, con paso grave y determinado se encaminó a la escuela de sable, y al ser recibido por el portero, pidió una entrevista urgente con el Maestro de sable. En el primer momento el encargado no quería dejar pasar a un extraño visitante que no mostraba un estado normal, y menos aún que no mostraba ninguna carta de recomendación; pero sensible a la preocupada expresión de aquel hombre, decidió finalmente presentarlo a su Señor.

El Maestro escuchó con especial interés la desventura de su visitante y su deseo de morir como samurai.

—“Considero que este es un caso único y notable”, declaró el Maestro de sable.

—“No creo que sea este el momento de bromear”, replicó el visitante.

—“No bromeo, se lo aseguro. Ud. es verdaderamente una excepción: habitualmente las personas que vienen a verme desean aprender a manejar un sable con el fin de vencer para sobrevivir. Ud. desea que le enseñe el Arte de bien morir... Pues bien, antes que nada, ¿tendría Ud. la amabilidad de servirme una taza de té, puesto que Ud. es Maestro en ese Arte incomparable?”

El visitante asintió inmediatamente puesto que ésta sería la última ocasión de practicar el Cha No Yu. Pareciendo olvidar totalmente su próximo fin, preparó cuidadosamente el té y lo sirvió con una calma perfecta, ejecutando cada gesto como si ninguna otra cosa tuviera importancia en ese instante.

Habiendo observado el desarrollo armonioso de toda la Ceremonia, el Maestro de sable quedó profundamente impresionado por el alto grado de concentración de su visitante.

—“¡Excelente!— exclamó el Maestro —¡Excelente! El nivel de maestría de sí que Ud. ha adquirido practicando su Arte es más que suficiente para conducirse dignamente ante cualquier samurai. Ud. tiene todo lo que hace falta para morir honorablemente. Ahora escuche, por favor, algunos consejos: en cuanto se encuentre frente a ese granuja, piense ante todo que Ud. va ofrecer una taza de té a un amigo. Después de haberlo saludado cortésmente, agradézcale por el plazo acordado. De inmediato, doble delicadamente su chaqueta y deposítela en el suelo, con su abanico por encima, todo ello como Ud. hace para cada Ceremonia del Té. Ate seguidamente su banda de la Resolución alrededor de su cabeza, levante sus mangas, átelas, y anuncie que está listo para el combate. Luego de haber desenvainado su sable, levántelo sobre su cabeza cerrando los ojos. No le quedará

más que concentrarse al máximo de sus posibilidades, para luego bajar su arma justo en el momento en el que Ud. escuche a su contrincante lanzar su grito de ataque”.

El visitante agradeció al Maestro de sable sus preciosos consejos, y regresó al lugar de la cita, en el que el bribón todavía le esperaba. Siguiendo las instrucciones recibidas, el Maestro de té se preparó para el duelo como si fuera a ofrecer una taza de té a un huésped. Al levantar su sable y cerrar sus ojos, el rostro del granuja cambió de expresión. El bribón no daba crédito a sus ojos: ¿era ése el mismo hombre a quien había esperado dos horas para acabar con él?

En un extremo estado de concentración, el Maestro de Cha No Yu esperaba el grito que sería la señal de su último movimiento, del último acto de su existencia. Pero al cabo de unos instantes que le parecieron horas, el esperado grito de ataque no llegaba. El improvisado samurai terminó por abrir sus ojos: na-

die... No había nadie frente a él. El miserable enemigo, no sabiendo cómo atacar a ese temible adversario que no mostraba ningún fallo en su concentración ni un minúsculo rasgo de temor en su actitud, había retrocedido sigilosamente paso a paso, hasta el instante en el que se había eclipsado, sin haber reclamado nada y bien contento de salvar su piel.



CITA INELUDIBLE

Un día en el que Yankl, discípulo del Tsadik de Cracovia, se encontraba ante una mesa del albergue de la ciudad, separada por una mampara de las otras mesas, le llegó un diálogo entre dos hombres que atrajo su atención:

—“Sí, decía uno al otro, tengo varios encuentros en esta ciudad en el curso de estos días”.

Yankl, aterrado, reconoció la voz del Ángel de la Muerte. Temblando, y sintiéndose aludido, se escabulló sigilosa pero rápidamente de aquel albergue. Ya en la calle, y aturdido por los tremen-

dos latidos que batían en su pecho, no se le ocurrió más que correr hacia el establo de un comerciante de caballos; cuando llegó le ofreció al dueño del establo una buena suma de dinero por la compra del caballo más veloz y resistente que tuviera. Tras la apresurada transacción, y tal como se encontraba, montó sobre el animal y lo espoleó con rudeza, huyendo de la ciudad. Quería recorrer la mayor distancia posible para evitar el funesto encuentro.

Tras galopar desenfrenadamente durante tres días y tres noches, llegó al fin a la lejanísima ciudad de Samarkanda.

Entretanto, en Cracovia, el Ángel de la Muerte se encontró en su deambular con el Maestro de Yankl, y entablando una conversación sobre unas cosas y otras, le preguntó al Tsadik: “¿Y por donde anda Yankl, tu discípulo?”

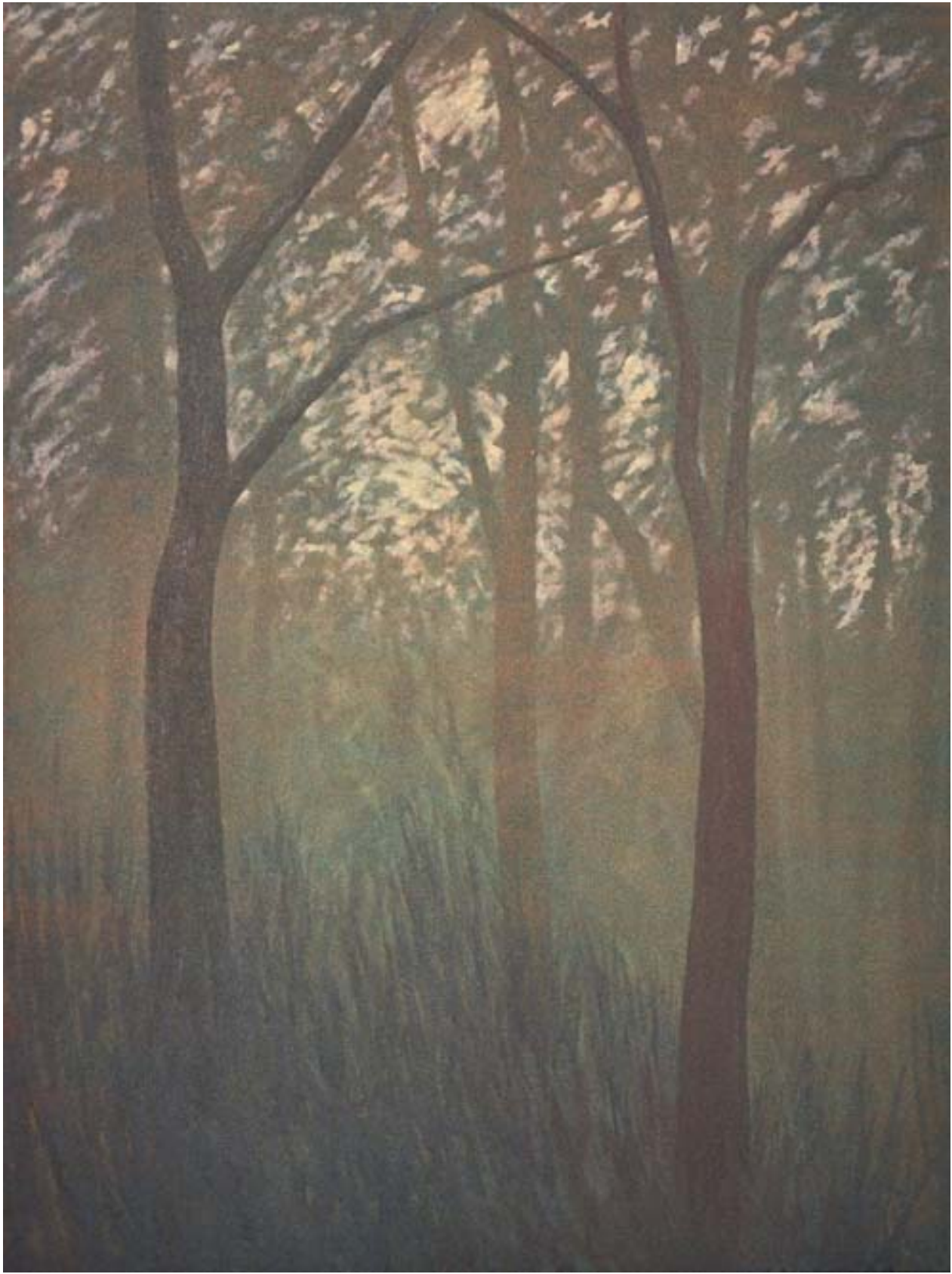
—“Pues debe estar en alguna parte por aquí”, respondió el Maestro.

—“Qué extraño, dice el Ángel, pues está incluido en mi Lista, pero mi encuentro con él será exactamente dentro de cuatro días, y no precisamente aquí, en Cracovia.”

—“¿Y dónde, entonces?”

—“En una ciudad bien lejana. ¿Conoces Samarkanda?”





TRADICIONES AFRICANAS

El cuerpo del hombre es muy pequeño comparado con el espíritu que lo habita.

Tradición oral africana

Es muy fácil perderse en el mundo profano y olvidar nuestra conexión con el espíritu. Y, sin embargo, sin esta unión sólo somos muertos en vida.

Sobonfu Somé

¿Qué hay que no sea sagrado?

Tradición oral africana

Si la rama quiere florecer, que honre a las raíces.

Pacere Titinga

El respeto a los demás renace en uno mismo, si se niega lo sagrado en el otro, se niega lo sagrado en uno mismo.

Raymond Jonson

No me hagas preguntas ahora.

Los misterios de este mundo son numerosos.

Todo lo que ves es una bendición.

Efua Teodora Sutherland

La evidencia es una cualidad de la superficie.

La ciencia es el triunfo de la evidencia, una proliferación de la superficie.

Hace de nosotros los dueños del exterior, pero al mismo tiempo nos aleja más y más de una verdad profunda.

Sheij Hamidou Kane

CUENTO DE LA INDIA

El hombre estaba muerto, rígido, lavado, envuelto en telas blancas. Su alma vagaba por ese intervalo extraño que sigue a la zambullida en la oscuridad. Acababa de dejar una vida, una historia, un mundo. Mientras se adentraba en la espiral luminosa que se materializaba poco a poco ante él, su aventura humana le volvió a la mente.

La veía semejante a unos pasos que se imprimían en la arena, ligeros cuando la vida era fácil o chispeante de gozo, pesados y profundos en los días de angustia o desánimo. Su amor a Dios nunca había fallado, había vivido en estado de recuerdo permanente. Nunca había olvidado al Ser. Por eso, el Señor le había acompañado siempre. Vio su rastro al lado del suyo. Y sonrió.

Luego, contemplando todavía su camino, se dio cuenta de que la doble marca de huellas no era constante. Dios había atravesado con él sus días felices, pero los días de infortunio, él, el ser humano, el pobre hombre, había tenido que caminar sin compañía alguna.

Su alma en agonía interpeló a Dios:

—Señor, ¿por qué me abandonaste? ¡Ves qué mal estaba, qué solo estaba!

Dios, siempre cerca de él, respondió:

—Mira bien la forma de los pasos: cuando eras feliz Yo estaba cerca de ti, mas cuando sufrías, cuando te agotabas afrontando las dificultades del mundo y ya no te tenías en pie por ti mismo, Yo te llevaba.

PEQUEÑO ÁRBOL

Las violetas indias son las primeras flores que aparecen en la montaña al llegar la primavera. Justo cuando uno comienza a pensar que ya no habrá primavera, allí están. De un azul frío, como el viento de marzo, aparecen en el suelo, tan pequeñas que pasan inadvertidas a no ser que se las mire de cerca.

Las recogíamos en la ladera. Yo ayudaba a abuela, hasta que los dedos se nos quedaban entumecidos por el viento helado. Ella las utilizaba para hacer una infusión tónica. Me decía que yo las recogía muy deprisa, y así era.

En el sendero alto, donde el hielo todavía crujía bajo nuestros mocasines, cogíamos agujas de abeto. Abuela las ponía en agua caliente y luego bebíamos la infusión. Es más sano que ninguna fruta y hace que uno se sienta bien. También hacía infusiones con las raíces y las semillas de las coles de las montañas.

En cuanto aprendí, me convertí en el mejor recolector de bellotas. Al principio, llevaba cada bellota que encontraba hasta donde estaba abuela con su saco, pero ella me explicó que podía esperar a tener la mano llena antes de correr hacia el saco. Era un trabajo fácil para mí, pues estaba cerca del suelo y pronto pude coger más bellotas que ella.

Las molía hasta convertirlas en una harina de color amarillo dorado, que luego mezclaba con nueces y avellanas, y freía haciendo unos panecillos pequeños. Jamás he probado nada que sepa tan bien.

Tenía a veces un percance en la cocina y se le caía azúcar en la mezcla. Decía:

—Perdóname, Pequeño Árbol. Se me ha caído azúcar en la masa.

Yo nunca decía nada, pero cuando ella hacía eso, siempre me daba un panecillo de más.

Abuelo y yo éramos buenos comelones de estos panecillos.

A veces, a finales de marzo, después de la aparición de las violetas indias, mientras recogíamos cosas en la montaña, el viento frío y crudo cambiaba durante un solo segundo. Acariciaba la cara con tanta suavidad como si se tratara de una pluma. Tenía el olor de la tierra. Se notaba que la primavera estaba en camino.

Al día siguiente o al otro empezábamos a salir para notar lo y aquella caricia volvía. Duraba un poquito más, era dulce y olía más fuerte.

El hielo se rompía y se derretía en los senderos altos, hinchando el suelo y formando pequeños canalillos de agua que bajaban hasta el riachuelo.

En la parte inferior del valle empezaban a brotar los dientes de león por todas partes, y los cogíamos para utilizarlos como si fueran verdura. Están muy buenos cuando se mezclan con otras verduras y con ortigas.

Las ortigas son la mejor verdura, pero tienen un inconveniente: que irritan la piel cuando se tocan las hojas al recogerlas. A veces, a abuelo y a mí se nos pasaba alguna mata de ortigas inadvertida, pero abuela la encontraba y entre todos la cogíamos. Él decía que no conocía nada en esta vida que pro-

duciendo placer tuviese algún inconveniente. ¡Cuánta razón tenía!

La senega tiene una gran flor violeta y un tallo largo que puede pelarse y comerse crudo o cocerse como los espárragos.

La mostaza aparece en la montaña en pequeñas extensiones como si fueran mantas amarillas. Brota en forma de pequeñas cabezas de canario, con hojas color pimienta. Abuela la mezclaba con otras verduras y a veces molía las semillas hasta hacer una pasta, que usábamos como mostaza de mesa.

Cualquier planta que crece salvaje tiene un sabor cien veces más fuerte que la misma cultivada. Sacábamos cebollas salvajes del suelo y con sólo un puñado se conseguía más sabor que con un cesto de las del huerto.

A medida que el aire se va caldeando y llega la lluvia, las flores de la montaña hacen que aparezcan colores por todas partes, como si alguien hubiera tirado cubos de colores por las laderas. Las flores de belladona tienen corolas redondeadas color púrpura, tan brillante, que parecen de papel pintado. Las campanulas florecen en pequeñas campanillas azules, que cuelgan de tallos finos de enredadera, tapizando rocas y hendiduras. El cáñamo americano tiene grandes flores color lavanda rosado, con el centro amarillo, que crecen abrazando la tierra, mientras que las ipomoeas nocturnas están escondidas en las grietas profundas, con largos tallos inclinados como ramas de sauce con flecos rosas y rojos en las puntas.

Diferentes tipos de semillas crecen a distintas temperaturas en el cuerpo de *Mon-a-lah*. Cuando comienza a calentarse, sólo las flores más pequeñas salen a la superficie. Pero a medida que va adquiriendo más temperatura, crecen flores mayores y la savia comienza a correr dentro de los árboles, haciendo que se

hinchon, como una mujer embarazada, hasta que se abren los capullos.

Cuando el aire se hace tan pesado que es difícil respirar, ya se sabe lo que va a venir. Los pájaros bajan de las cimas y se esconden en los valles y en los pinos. Negros nubarrones flotan sobre la montaña, y hay que correr a refugiarse en la cabaña.

Desde el porche observábamos las grandes barras de luz que se mantienen durante un segundo, quizá dos, sobre la cima de la montaña, enviando rayos como tentáculos en todas direcciones, antes de volver a perderse en el cielo con una gran sacudida. Se producía un sonido tan intenso, que parecía que algo se había partido en dos. Luego, los truenos y sus ecos retumbaban en las cimas y en los valles. Un par de veces creí firmemente que las montañas se estaban derrumbando, pero abuelo me aseguró que no iba a suceder ese cataclismo.

Anunciaba la tormenta haciendo rodar piedras desde las cumbres. Los árboles se doblaban y se enderezaban con las repentinas sacudidas del viento, y la lluvia barría todo, cayendo a cubos de las nubes y dando a entender que había en el cielo una enorme cantidad de agua que pronto se precipitaría sobre la tierra.

La gente que se ríe y dice que de la naturaleza se conoce ya todo y que ésta no tiene alma, no ha estado nunca durante una tormenta primaveral en la montaña. Cuando está dando a luz la primavera lo hace a conciencia, sacudiendo las montañas como cuando una mujer en el parto se agarra a la colcha de la cama.

Si un árbol ha resistido los vientos invernales y ella cree que debe ser liquidado, lo arranca y lo lanza montaña abajo. Pasa sobre todas las ramas de todos los arbustos y de todos los árboles, y después de sentir a través de sus dedos de viento lo fuerte y lo débil, arranca y limpia esto último.

Si la naturaleza piensa que es necesario quitar un árbol, pero éste no se cae con el viento, hace simplemente ¡*giam!* y todo lo que queda es una antorcha ardiendo por la sacudida del rayo. La naturaleza está viva y sufriendo. Eso es evidente.

Abuelo decía que la naturaleza estaba poniendo en orden —entre otras cosas— cualquier fallo que hubiera habido en el nacimiento de las criaturas del año pasado, de forma que su nuevo parto fuera este año limpio y fuerte.

Cuando la tormenta termina, la nueva vida, pequeña, ligera y tímida, comienza a salir de los matorrales y de las ramas de los árboles. La naturaleza trae la lluvia de abril. Susurra suave y solitaria, levantando bruma en los valles y en los caminos por donde se pasa bajo el lento gotear de las ramas de los árboles.

La lluvia de abril es una buena sensación, excitante, pero también triste. Abuelo me explicó que a él siempre le producía

distintos sentimientos. Dijo que era excitante, porque algo nuevo estaba haciendo, y también era triste, porque se sabía que no iba a durar mucho. Pasaría demasiado deprisa.

El viento de abril es suave y cálido como la cuna de un niño. Sopla sobre el manzano silvestre hasta que sus capullos blancos se abren, manchados de rosa. El olor es más dulce que el de la madre selva, y atrae a las abejas que zumban por entre las flores. El laurel de la montaña, de flores rosadas con el cáliz morado, crece por todas partes, desde los valles hasta las cimas, mezclado con esas violetas que tienen pétalos alargados, amarillos y afilados, y un diente blanco que cuelga. A mí siempre me parecieron lenguas.

Luego, cuando abril llega a su punto máximo de calor, repentinamente ataca el frío y el tiempo se mantiene así durante cuatro o cinco días. Esto es necesario para hacer florecer las moras, y se llama el invierno de las moras. Las moras no pueden florecer sin él. Por eso hay años en los que no hay moras. Cuando termina, entonces es

cuando brotan los cornejos como bolas de nieve, en las laderas, en lugares donde nunca hubieras pensado que crecían: en un pinar o en un robledal aparece de repente un gran estallido blanco.

Los granjeros blancos recogen los frutos de sus huertos al final del verano, pero el indio recolecta desde el principio de la primavera, cuando empieza a crecer la primera verdura, durante todo el verano y en el otoño, cogiendo nueces y bellotas. Abuelo me explicó que los bosques dan de comer si vives unido a ellos en lugar de destrozarlos.

De todas formas cuesta trabajo. Creo que probablemente yo era uno de los mejores cogiendo bayas, pues podía meterme en medio de una mata y no necesitaba agacharme para llegar hasta el suelo. Nunca me cansé mucho recogiendo bayas.

Había zarzamoras, moras, bayas de saúco, de las que decía abuelo que se hacía el mejor vino, arándanos y gayubas rojas, a

las que yo nunca encontré ningún sabor, pero abuela las utilizaba para cocinar. Cuando volvía a casa, lo que más abundaba en mi cubo eran gayubas, pues no me gustaban, y de las demás comía regularmente mientras recogía. Abuelo también lo hacía. Pero decía que esto no era gastar las bayas, pues tarde o temprano nos las comeríamos. Creo que tenía razón. Sin embargo, las bayas de fitolaca son venenosas, y si se comen se puede quedar uno más muerto que las piedras. Cualquier baya que no se coman los pájaros es preferible no probarla.

Durante el tiempo de la recolección de bayas, mi boca, lengua y dientes tenían continuamente un color azul intenso. Cuando abuelo y yo entregábamos nuestra mercancía, algunos hombres de la llanura que pululaban por la tienda del cruce decían que yo estaba enfermo. Siempre que íbamos, un hombre de las llanuras se preocupaba cuando me veía. Abuelo me explicaba que este hecho demostraba su ignorancia acerca de la recolección de bayas, y que no debía prestarles ninguna atención.

A los pájaros les encantaban las cerezas salvajes. Más o menos por el mes de julio, el sol las había madurado hasta su punto justo.

A veces, con el perezoso sol del verano, después de la cena, cuando abuela dormitaba un poco, nosotros nos sentábamos en la escalera de la puerta trasera. Abuelo solía decir:

—Vamos por el sendero, a ver qué es lo que vemos.

Íbamos camino arriba y nos sentábamos a la sombra de un cerezo, con la espalda apoyada contra el tronco. Observábamos a los pájaros.

Una vez vimos un zorzal dando volteretas sobre una rama, y andar tambaleándose como si fuese un funambulista, hasta que se cayó justo al llegar al final de la rama. Un petirrojo iba muy bien por una rama, pero se tambaleó encima de donde estaba-

mos y aterrizó sobre la rodilla de abuelo. Pió, explicándole lo que pensaba de todo aquello. Luego decidió ponerse a cantar, pero su voz vaciló y dejó de intentarlo. Se fue a un arbusto, dejándonos muertos de risa. Abuelo me dijo que se había reído tanto que le dolía el estómago. A mí también me dolía.

Vimos un cardenal rojo comiéndose tantas cerezas que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Lo pusimos sobre el tronco de un árbol para que no lo matara ningún animal por la noche.

Temprano, a la mañana siguiente fuimos al árbol y allí estaba, todavía durmiendo. Abuelo lo despertó y levantó el vuelo, sintiéndose horriblemente mal. Voló alrededor de la cabeza de abuelo una o dos veces, y tuvo que sacudirle con el sombrero un par de veces para que se alejara. Voló hasta el arroyuelo, metió la cabeza dentro del agua y la sacó..., removié las plumas y miró alrededor como si le fuese a pegar al primero que se encontrara delante.

Abuelo me dijo que el viejo cardenal nos culpaba a él y a mí del estado en que se encontraba, aunque debería darse cuenta de lo que hacía. Le había visto varias veces antes, era buen comedor de cerezas desde hacía tiempo.

Cada pájaro que viene a volar alrededor de la cabaña significa algo. Eso es lo que piensan los habitantes. Puedes creerlo o no. Yo lo creía. Abuelo, también.

Conocía todos los signos de los pájaros. Es de buena suerte tener un cochín viviendo en la cabaña. Abuela tenía un agujerito cuadrado en la esquina superior de la puerta de la cocina, y nuestro cochín salía y entraba por allí, construyendo su nido en la viga que estaba sobre la cocina. Anidó allí, y su pareja le traía comida.

A los cochines les gusta estar alrededor de gente que ama los pájaros. Se ponía cómodo en su nido y nos observaba en la cocina con sus ojillos negros que brillaban a la luz de la lámpara.

Cuando yo acercaba una silla y me subía en ella para ver mejor, piaba enfadado, pero no abandonaba su nido.

Abuelo me dijo que al cochín le gustaba mucho asustarme. Así probaba a sí mismo que probablemente era más importante en la familia que yo.

La lechuza ulula por la noche y no hace más que quejarse. Sólo hay una forma de hacerla callar: se pone una escoba en la puerta abierta de la cocina. Abuela hacía esto y nunca vi que fallara. La lechuza para de quejarse.

El cuco canta al atardecer, y se llama así porque canta «cu-cú» una y otra vez, pero si se acerca a la cabaña, significa que nadie va a ponerse enfermo en todo el verano.

El arrendajo azul jugando cerca de la cabaña indica que se van a pasar muy buenos ratos y a divertirse mucho. El arrendajo

azul es un payaso y salta en las puntas de las ramas, da volteretas y se burla de otros pájaros.

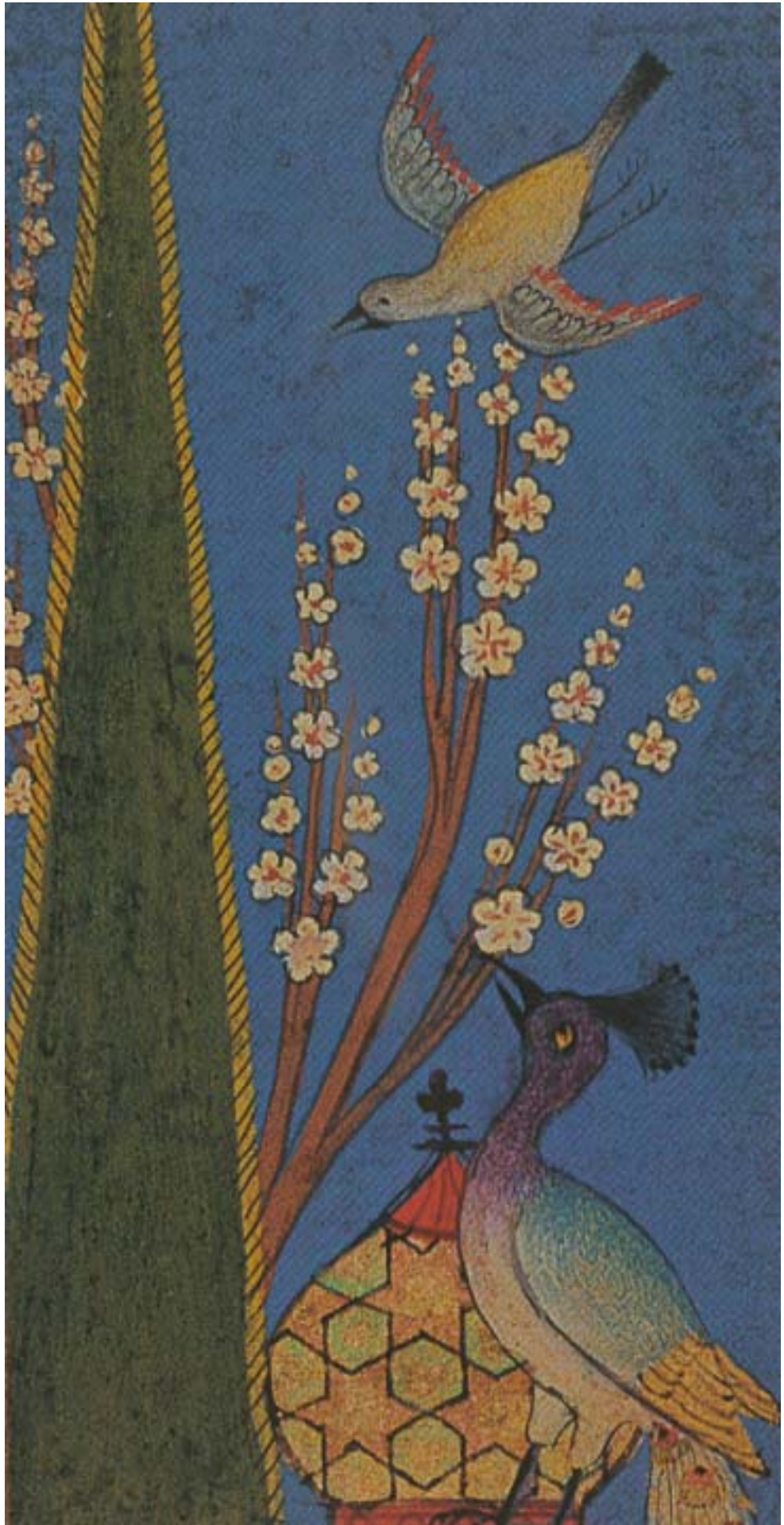
El cardenal rojo significa que se va a recibir dinero, y la tórtola no significa lo mismo para un hombre de la montaña que para un aparcerero. Cuando oyes una tórtola significa que alguien te quiere y ha mandado a la tórtola para contártelo.

La paloma lamentadora llama tarde por la noche, y nunca se acerca. Llama desde lejos, en la montaña, y su llamada es larga y solitaria. Suena como un lamento. Abuelo decía que, efectivamente, lo era. Decía que si alguien moría y no tenía a nadie en el mundo que le recordara y le llorase, la paloma lamentadora le recordaría y se lamentaría. Si alguien moría en algún lugar lejano, incluso al otro lado del océano, y había sido un hombre de la montaña, sabía que sería recordado por el lamento de la montaña. Esto tranquilizaba a las personas. A mí también me tranquilizó saberlo.

Abuelo afirmaba que si alguien recordaba a una persona a la que amaba y se hubiere muerto, entonces la paloma no tendría que lamentarse por ella. Entonces se sabía que estaba lamentándose por otra persona, y los lamentos no sonaban tan solitarios. Cuando oí a la paloma, entrada la noche, mientras estaba acostado en mi cama, recordé a mamá. Entonces noté que ya no estaba tan solo.

Los pájaros, igual que todas las demás criaturas, saben si los quieres. Si es así, vienen a tu alrededor. Nuestras montañas y valles estaban llenos de pájaros: sinsontes y mirlos, cuervos de alas rojas y gallinas indias, miseñores, petirrojos y azulejos, colibríes y martines, tantos que no hay forma de hablar de todos ellos.







LOS PÁJAROS BLANCOS Y LOS PÁJAROS NEGROS

Tierno Bokar no sólo se abstenía de juzgar al prójimo sino que trataba de hacernos comprender que un buen pensamiento siempre es preferible a uno malo, incluso cuando se tratase de alguien al que consideráramos un enemigo. No siempre era fácil convencernos, como lo muestra la siguiente anécdota donde nos habló de «los pájaros blancos y los pájaros negros». Tierno nos había comentado el versículo del Corán. «Quien haya hecho el peso de un átomo de bien, lo verá. Y quien haya hecho el peso de un átomo de mal, lo verá» (Corán 99, v. 7-8). Al preguntarle sobre las buenas acciones, nos dijo:

—«La más provechosa de las buenas acciones es aquella que consiste en rezar por los enemigos de uno».

—¿Cómo? Exclamé asombrado. Generalmente, la gente tiene la tendencia a maldecir a sus enemigos más que a bendecirlos. ¿No pareceremos un poco estúpidos al rezar por nuestros enemigos?

—«Quizás —respondió Tierno— pero sólo a los ojos de quienes no comprendan. Los hombres tienen ciertamente el derecho a maldecir a sus enemigos, pero se hacen mucho más daño a sí mismos maldiciéndoles que bendiciéndoles».

—No comprendo —repliqué. Si un hombre maldice a sus enemigos, y su maldición se cumple, puede destruir al enemigo. ¿No debería eso, más bien dejarle tranquilo?

—«Tal vez en apariencia —respondió Tierno— pero entonces sólo es una satisfacción del alma egoísta (*nafs*, el ego), es

decir, una satisfacción de un nivel inferior, material. Desde un punto de vista oculto, el hecho de bendecir al enemigo es más provechoso. Aunque pueda parecer como un necio a los ojos de los ignorantes, en realidad, uno muestra actuando así su madurez espiritual y el grado de su sabiduría».

—¿Por qué?, le pregunté.

En ese momento fue cuando Tierno, para ayudarme a comprender, habló de los pájaros blancos y los pájaros negros.

—«Los hombres —dijo— cuando se relacionan entre sí se pueden comparar con unos muros que estén situados uno frente al otro. Cada muro está perforado con una multitud de pequeños agujeros donde anidan pájaros blancos y pájaros negros. Los pájaros negros son los malos pensamientos y las malas palabras. Los pájaros blancos son los buenos pensamientos y las buenas palabras.

«Los pájaros blancos, a causa de su forma, sólo pueden entrar en los agujeros de los pájaros blancos. Igual sucede con los negros que sólo pueden anidar en las cavidades de los pájaros negros. Imaginemos ahora dos hombres que se creen enemigos. Llamémosles Yusuf y Ali.

«Un día, Yusuf, persuadido de que Ali quiere hacerle mal, se siente lleno de cólera contra él y le envía un muy mal pensamiento. Al hacerlo, suelta un pájaro negro y, al mismo tiempo, deja libre el correspondiente agujero. Su pájaro negro vuela hacia Ali y busca para anidar allí un hueco adaptado a su forma. Si, por su lado, Ali no ha enviado ningún pájaro negro hacia Yusuf, es decir, si no ha emitido ningún pensamiento malo, ninguno de sus agujeros negros estará vacío. El pájaro negro de Yusuf, no encontrando dónde meterse, se verá obligado a regresar a su nido de origen, llevando con él el mal del que estaba cargado, que acabará por corroer y destruir al propio Yusuf.

«Pero imaginemos que Ali, también él, emite un mal pensamiento. Al hacerlo, deja libre un hueco donde el pájaro negro de Yusuf podrá entrar con el fin de depositar una parte de su mal y cumplir allí su misión de destrucción. Durante ese tiempo, el pájaro negro de Ali volará hacia Yusuf y se alojará en el agujero dejado libre por el pájaro negro de este último. Así los dos pájaros negros habrán alcanzado su objetivo y trabajarán en destruir al hombre a quien estaban destinados.

«Pero una vez cumplida su tarea, volverán cada uno a su nido de origen pues está dicho. ‘Todo vuelve a su fuente’. Al no estar agotado el mal del que estaban cargados se volverá contra sus autores y terminará por destruirlos. El autor de un mal pensamiento, de un mal deseo o de una maldición será pues alcanzado al mismo tiempo, por el pájaro negro de su enemigo y por su propio pájaro negro cuando regrese.

«Sucede lo mismo con los pájaros blancos. Si sólo emitimos buenos pensamientos hacia nuestro enemigo y este sólo nos envía malos pensamientos, sus pájaros negros no encontrarán lugar en nosotros y regresarán a su emisor. En cuanto a los pájaros blancos portadores de buenos pensamientos que les hayamos enviado, si no encuentran ningún hueco libre en nuestro enemigo regresarán cargados con toda la energía benéfica de la que eran portadores.

«De este modo, si sólo emitimos buenos pensamientos, ningún mal, ninguna maldición podrá jamás alcanzarnos en nuestro ser. Por ello hay que bendecir siempre tanto a los amigos como a los enemigos. No sólo la bendición va hacia su objetivo para cumplir allí su misión de apaciguamiento sino que además vuelve a nosotros, un día u otro, con todo el bien con el que estaba cargada.

«Por eso, los sufíes utilizan la expresión de ‘el egoísmo deseable’. Se refieren al legítimo ‘amor a uno mismo’, ligado al

propio respeto y al del prójimo porque todo hombre, bueno o malo, es depositario de una parcela de la Luz divina. El sufi, conforme a la enseñanza del Profeta, no quiere manchar ni su boca ni su ser con malas palabras o malos pensamientos, incluso con críticas aparentemente benignas».

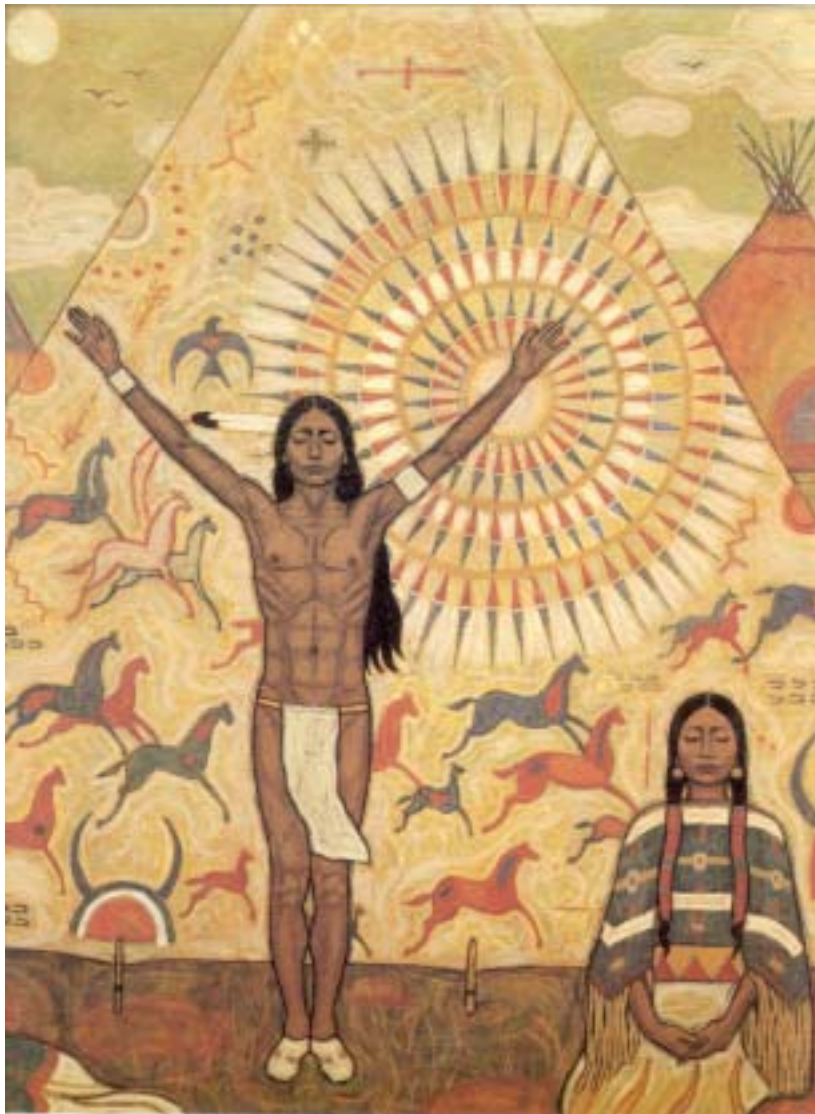


Nací en la pradera donde el viento sopla en libertad y nada hay que quiebre la luz del sol. Nací donde no había cercados y donde todo respiraba libre.

Quiero morir allí ... y no entre paredes.

Ten Bears

Yamparika Comanche



Original de Frithjof Schuon

HISTORIA DEL NIÑO PERDIDO

Eran los tiempos en que la bestia de carga de nuestro pueblo eran los perros; los perros llevaban la comida, la ropa, todas las pertenencias del campamento; todo lo que tenían lo transportaban los perros.

Un día, los Crow se reunieron para ir a las *Prior Mountains* a cazar ciervos, y cabras salvajes para hacer ropas con su piel. Algunos de los perros andaban sueltos persiguiendo ciervos. Había un niño que viajaba acostado en las parihuelas que arrastraba uno de los perros, junto a sus padres. Ya en las montañas, en un lugar que llamamos Arrow Creek, uno de los ciervos perseguidos por los perros cruzó entre los viajeros y el perro que

llevaba ese niño se arrancó siguiendo a los otros perros tras ese ciervo. Los Crow trataron de seguirlo, pero era tan rápido que cruzó las colinas, y...

Al cabo de un tiempo, los perros volvieron; el perro que llevaba al niño también volvió, pero sin él. Los padres empezaron a buscar al niño por todas partes, pero no pudieron encontrarlo; lo buscaron durante cuatro días. Otros miembros del grupo subieron a las montañas; estuvieron dando vueltas durante cuatro días; finalmente bajaron de nuevo y dijeron al resto de los Crow que no habían podido encontrar a ese niño. Así que fueron todos los miembros de la tribu y estuvieron buscando durante cuatro días; no pudieron encontrarlo. Habían perdido al niño. Todos volvieron al campamento y se fueron.

Después de algunos años, dos cazadores Crow fueron hacia ese mismo lugar para cazar ciervos y alces; también hay allí carneros y cabras salvajes. Un día vieron a un muchacho caminan-

do solo, a quien pronto perdieron de vista dentro de un cañón; al cabo de un rato, volvieron a verle llevando algo sobre su espalda que parecía muy grande. Se ocultaron detrás de unos árboles y, cuándo se acercó, vieron que llevaba un alce macho sobre los hombros; no parecía notar que era un bulto muy pesado; no andaba tambaleándose, sino como si llevara algo muy ligero. Empezaron a seguirle mientras pudieron y, luego, con la vista, hasta una gran roca; ahí, le perdieron. Subieron hacia ella buscándolo, pero no pudieron encontrarlo; sólo vieron sus huellas en la base de la roca. Volvieron a su casa y lo explicaron a los otros.

Al cabo de un tiempo, un año o algo así, otros dos cazadores fueron a ese lugar y recordaron la historia que les habían contado. Miraron, y de nuevo vieron a ese hombre; le vieron. Ocurrió lo mismo, y vieron que estaba cargando un alce macho.

Le pararon y hablaron con él; les respondió en la lengua Crow y supieron que era el niño perdido. Él les contó la

historia de cómo había sido rescatado por los genios que viven en la piedra, con quienes vivía y comía: un anciano y una anciana que le habían criado. El anciano le había hecho un arco de cuerno de cabra salvaje, y algunas flechas; así es como les provisionaba de comida. Salía a cazar para conseguir comida, para procurar cobijo, para buscar leña... Le criaron como a un hijo.

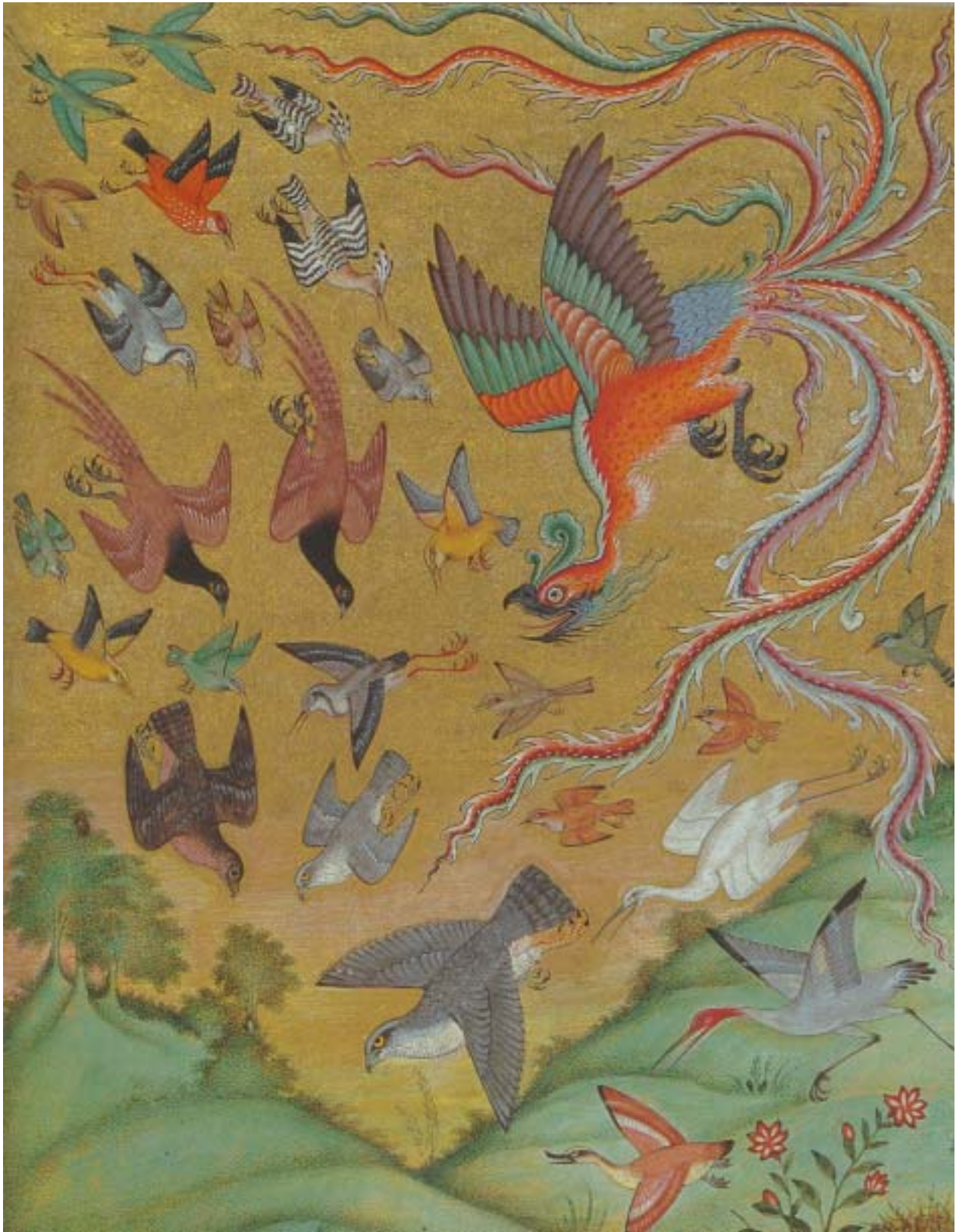
El anciano le había prevenido de que podía disparar a lo que quisiera, excepto a determinado pájaro que hay en nuestro país, que siempre parece burlarse y reírse de nosotros; su nombre es pradero. Le dijo: “Nunca dispaes a un pradero”.

Un día, un pradero estaba yendo de un árbol a otro, riéndose de él. Al final, se enfureció y disparó; falló, pero el pájaro se enfadó y le dijo que no era un miembro de la gente que le había criado, que era un Absáloka, un pueblo que vivía en la llanura, hacia el norte.

Cuando volvió a casa estaba triste; el anciano y la anciana notaron que estaba triste y le preguntaron: “¿Qué te pasa? ¿Qué te preocupa?”; les dijo que había hecho algo que le habían advertido no hacer. Le dijeron: “El pájaro tenía razón. Tú no eres nuestro hijo sino que te encontramos en un prado. Desde muy pequeño, te trajimos aquí y te criamos”. Dijeron: “Tu gente está hacia el norte”.

Hicieron unas flechas, una negra, una roja, una blanca y una amarilla, que le dieron. Le dijeron: “Tu gente está ahí”. Le dijeron: “Nos disgusta dejar que te vayas porque nos aprovisionabas. Cuando sea que vuelvas por este camino, acuérdate siempre de dejar comida para nosotros en la base de la roca, o recuérdanos poniendo piedras una encima de la otra”.

Hoy las piedras están todavía ahí; el montón de piedras está todavía ahí, y esa gran roca está todavía ahí. Aún hacemos esto ahora; después de miles y miles de años, aún recordamos esa historia, y aún hacemos esto.



HISTORIA DE LOS PÁJAROS

¿QUÉ HAY MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE?

Un día, bien entrado el otoño, un joven estaba sentado en una colina y vio a los pájaros agrupándose para irse al sur. Se dijo a sí mismo que, a cada bandada que pasara, les preguntaría: «¿Adónde vais? ¿Qué hay más allá del horizonte? ¿Por qué vais allá cada otoño? ¿Qué hay allí?». Así lo hizo, pero los pájaros le respondieron: «No; no necesitas saberlo; perteneces a este lugar; no necesitas ir allí».

Desde entonces, cada año iba a preguntarles lo mismo.

Un día, vino una bandada de ocas salvajes. Él les dijo: «Debo saberlo; mis mayores no van a decirme lo que hay más allá del

horizonte. Vosotros, el pueblo alado, siempre vais allá en otoño. ¿Qué hay allí tan importante que vais cada año?».

Las ocas le dijeron: «Has estado queriéndolo saber durante mucho tiempo; hemos oído decir que has estado preguntando. Te vamos a llevar ahí. Súbete a la grupa y te vamos a llevar».

Así que montó en una de las ocas y empezaron a subir. Todos aquellos pájaros siguieron. Oyó ruidos, cantos... Siguieron volando y volando hasta que finalmente llegaron al horizonte, allá donde el cielo se encuentra con la tierra. Entonces todos descendieron y se posaron.

Ahí oyó otros ruidos, otros cantos. Vino el águila y dijo: «Está bien; dadme la pipa; voy a levantar el cielo y vamos a ir más allá». Le dieron al águila la pipa, la llenó y fumó; señaló hacia las cuatro direcciones y hacia el Creador; luego, la bajó y levantó el cielo. Todos aquellos pájaros pasaron por debajo al otro lado.

Él seguía subido en la oca que lo llevaba. Ya en el otro lado, miró hacia abajo, y vio que era bellissimo: la hierba era verde, los árboles eran verdes; había flores por todas partes; había animales. Le dijeron: «Aquí es adonde venimos cada otoño. Es cálido; no es frío como el invierno en el lugar de donde vienes; estamos aquí hasta que el invierno ha pasado y después regresamos. Aquí tenemos todo lo que necesitamos». Así que vivió con ellos.

Pero los pájaros sólo comían frutos y raíces; él comía con ellos, pero pasaba hambre. Así que fue a ver al águila y le dijo: «Tengo hambre; yo suelo comer carne; ¿qué debo hacer?», y el águila le dijo: «Ves allá; hay animales. Toma lo que necesites, come lo que necesites, pero no más». Se hizo una flecha y un arco. Fue, y cazó un ciervo joven; lo preparó y empezó a comer.

Algunos pájaros, que nunca habían comido carne, le miraban. Dijeron: «Déjanos probar esto; tú has comido de nuestra comida; nosotros vamos a comer de la tuya». Cogió un poco, un

trozo pequeño, se los dio, y comieron. Antes de esto, los pájaros no comían carne, pero, por él, comieron. La Sabia Lechuza Vieja vino y dijo: «Eso es bueno; le dimos de comer y él nos ha dado de comer. Él come animales. A veces, los animales nos van a comer; van a capturarnos y comernos. Esto debe ser así, pero no vamos a hacerlo más de lo necesario; vamos a tomar sólo lo que necesitamos».

Al final del invierno, cuando los pájaros se reunieron de nuevo para regresar; le llamaron y dijeron: «Ha llegado el momento de volver; van a llevarte de regreso. Tu gente está preocupada; algunos piensan que ya has muerto porque has estado fuera tanto tiempo. Tenemos que llevarte de regreso, así que súbete a la grupa de la oca». De nuevo el águila cogió la pipa, levantó el cielo, y empezaron a pasar de nuevo hacia el norte.

Cuando llegaron al poblado, descendieron hacia la colina y él bajó. Cuando la gente le vio, corrieron hacia él: «¿Dónde has

estado? ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?», y él les contó la historia. Dijo: «Os pregunté, mis ancianos, ¿qué hay más allá del horizonte? y no me lo dijisteis. Mis amigos los pájaros me lo han dicho, y me llevaron allá. Fui más allá del horizonte; es bueno, es una tierra muy bella; vi cosas muy bellas, oí cosas bellas, he comido buenas cosas; he vuelto con una buena historia».

Desde entonces, a los indios, cuando quieren ir a alguna parte, les dicen: «Cuando vayas más allá del horizonte, ve cosas bellas, haz buenas cosas, trae buenas historias».



Títulos Publicados:

- 1 MARCO PALLIS
¿Los Hábitos Hacen al Monje?
- 2 FRITHJOF SCHUON
Del Sentimiento
- 3 TITUS BURCKHARDT
El Amor Caballeresco
- 4 MAESTRO ECKHART
El Hombre Noble
- 5 A. K. COOMARASWAMY
El Vedanta y la Tradición Occidental
- 6 RENÉ GUÉNON
Sobre el Esoterismo Islámico y el Taoísmo
- 7 H. SADDHATISSA
Introducción al Budismo
- 8 J. C. COOPER
Lo Natural. El Arte.
- 9 VALMIKI
Historia de la Reina Chudala
- 10 SEYYED HOSSEIN NASR
¿Qué es Tradición?
- 11 SRI RAMAKRISHNA
El Hombre y el Mundo
- 12 TITUS BURCKHARDT
Psicología Moderna y Sabiduría Tradicional
- 13 TITUS BURCKHARDT
Cosmología Perennis
- 14 FRITHJOF SCHUON
Tener un Centro
- 15 INAZO NITÖBE
El Bushido
- 16 JAKOB BOEHME
Teosofía Revelada
- 17 MARTIN LINGS
¿Qué es el Sufismo?
- 18 FRITHJOF SCHUON
Pilares y Estaciones de la Sabiduría
- 19 RENÉ GUÉNON
El Sagrado Corazón y la Leyenda del Santo Graal
- 20 FRITHJOF SCHUON
El Problema de la Sexualidad
- 21 SEYYED HOSSEIN NASR
El Redescubrimiento de lo Sagrado
- 22 ARTHUR OSBORNE
Las Enseñanzas de Bhagavân Sri Ramana Maharshi
- 23 SEYYED HOSSEIN NASR
¿Quién es el Hombre?
- 24 FRITHJOF SCHUON
Comprender el Esoterismo
- 25 FATIMA JANE CASEWIT
El Feminismo Moderno a la Luz de los Conceptos Tradicionales de la Femenidad
- 26 La Enseñanza de Buda:
Dharma
- 27 La Enseñanza de Buda:
El Camino de la Práctica
- 28 RAMA P. COOMARASWAMY
El Bhagavad Gitâ;
Introducción para el Lector Occidental
- 29 FRITHJOF SCHUON
El Esoterismo Quintaesencial del Islam
- 30 VLADIMIR LOSSKY
La Vía de la Unión
- 31 MARCO PALLIS
Anatta (La Divinidad Inmanente)
- 32 FRITHJOF SCHUON
Principios y Criterios del Arte Universal
- 33-34 ANÓNIMO
Relatos de un Peregrino Ruso

- 35 MAESTRO ECKHART
La Imagen Desnuda de Dios
- 36 MAESTRO ECKHART
Dios y Yo Somos Uno
- 37 ANANDA K. COOMARASWAMY
La Filosofía del Arte Cristiana
Oriental o Verdadera
- 38 EVAGRIO PÓNTICO Y OTROS
La Filocalia de la Oración de Jesús
- 39 TITUS BURCKHARDT
Reflexiones sobre la *Divina Comedia* de Dante,
Expresión de la Sabiduría Tradicional
- 40 FRITHJOF SCHUON
Modos de la Oración
- 41 SEYYED HOSSEIN NASR
Algunos Principios Metafísicos
Pertenecientes a la Naturaleza
- 42 ELIZABETH COATSWORTH
El Gato que Fue al Cielo
- 43 FRITHJOF SCHUON
Racionalismo Real y Aparente
- 44 FRITHJOF SCHUON
De las Virtudes Espirituales
- 45 ANANDA K. COOMARASWAMY
El Budismo
- 46 TITUS BURCKHARDT
Ciencia Moderna y Sabiduría Tradicional
- 47 RENÉ GUÉNON
El Reino de la Cantidad y los Signos
de los Tiempos
- 48 RENÉ GUÉNON
Ciencia Sagrada y Ciencia Profana
- 49 TITUS BURCKHARDT
El Origen de las Especies
- 50 EPICTETO
Enquiridión (Manual de Vida)
- 51 RENÉ GUÉNON
Del Racionalismo a la Mitología
Científica y su Vulgarización
- 52 RENÉ GUÉNON
La Confusión de lo Psíquico con lo Espiritual
- 53 PLATÓN
Apología de Sócrates
- 54 D. T. SUZUKI
Budismo Zen
- 55 JAKOB BOEHME
Del Cielo y del Infierno
- 56 FRITHJOF SCHUON
El Islam
- 57 FRITHJOF SCHUON
Trascendencia y Universalidad del Esoterismo
- 58 AMRITA ANANDAMAYI
Para mis Hijos; Enseñanzas Espirituales
- 59 TITUS BURCKHARDT
Esoterismo Islámico; (Primera parte)
La Naturaleza del Sufismo
- 60 JAKOB BOEHME
Confesiones
- 61 TITUS BURCKHARDT
Esoterismo Islámico: (Segunda parte)
Fundamentos Doctrinales
- 62 TITUS BURCKHARDT
Esoterismo Islámico: (Tercera parte)
La Realización Espiritual
- 63 PLUTARCO
Alejandro
- 64 PLUTARCO
Julio César
- 65 FRITHJOF SCHUON
Cristianismo e Islam
- 66 FUNDACIÓN DE ESTUDIOS TRADICIONALES
Relatos y Cuentos Tradicionales

Vincit Omnia Veritas



La Verdad Todo lo Vence

Fundación de Estudios Tradicionales, A. C.

LIBRERÍA

Francisco I. Madero No. 320-2, Centro, León, Gto.
Teléfono: 477-716-63-85

Hinduismo - Cristianismo - Taoísmo - Budismo

Zen - Judaísmo - Islam

Tradicón - Cosmología - Simbolismo
Esoterismo - Metafísica - Filosofía - Literatura
Cuentos de Oriente - Musicoterapia

